

ESCLAVOS DEL LOCO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



ESCLAVOS DEL LOCO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS.

EN ESTA COLECCION

461. — Espaciópolis, Curtis Garland.

462. — Cautivo de las hembras Leax, Ralph Barby.

463. — Lluvia diabólica, Joseph Berna.

464. — El monstruo del Planeta Negro, Ralph Barby.

465. — La feria de las estrellas, Clark Carrados.

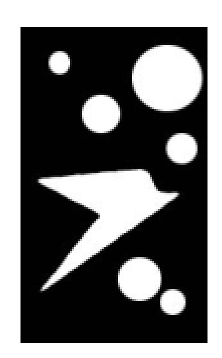
RALPH BARBY

ESCLAVOS DEL LOCO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 466

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 18.201 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: julio, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

— ¡No, no, te atrevas! —suplicó la joven y bella Gala.

A Koilos le brillaban los ojos de rabia, de impotencia.

Los músculos se tensaban en sus brazos y los dientes rechinaban unos contra otros; no podía contenerse.

— ¡ Hemos de rebelarnos!

— No podemos, la rebelión es el suicidio — le advirtió Gala.

— Someternos de esta forma es infame, humillante.

— Somos seres inferiores, desde que la macroguerra destruyó a nuestra civilización. Todo quedó arrasado. Macrópolis, áreas industriales, nada que fuera de madera, tejido o plástico quedó entero. Millones de grados de temperatura envolvieron el planeta, y todo se quemó. No somos más que los descendientes de una civilización que se destruyó a sí misma, volvemos a ser seres primitivos sobre el planeta Tierra.

— ¿Y ellos, ellos qué son?

— Superiores.

— ¡ No acepto su superioridad! — replicó Koilos, con rabia incontenible.

— Son los milicianos de Ulan.

— Tendríamos que organizamos para enfrentarnos a ellos.

— Es inútil, Koilos, inútil. Sé cómo piensas, y yo también sufro. He sido elegida, y tendré que someterme a la Ley que nos ha sido impuesta desde hace tanto tiempo.

— Desde que aparecieron los milicianos de Ulan, reclamando esclavos.

— Hace treinta años hubo una rebelión y, por boca de nuestros padres, sabemos lo que ocurrió.

— Es cierto, murieron muchos, pero murieron luchando.

— La matanza de millares y millares de los nuestros no sirvió de nada; ellos terminaron por llevarse a los que habían venido a buscar.

— ¿Y para qué quieren a hombres y mujeres jóvenes y fuertes?

— No lo sabemos. Ninguno de los que se marcharon han regresado, y los milicianos jamás dan explicaciones.

— Setenta y cinco hombres y veinticinco muchachos, los varones de veinte años y las mujeres de diecisiete, como los años que tú tienes ahora, Gala. — Y la abrazó con desesperación.

En el abrazo había deseo y también rabia. Se hallaban solos en medio de las ruinas de la gran ciudad. Alrededor suyo, entre el hormigón, el acero retorcido y el asfalto saltado, crecían arbustos y árboles, que se abrían paso, como negándose a que todo quedara yermo.

La vida surgía de nuevo entre los escombros en que décadas y décadas antes se habían convertido todos los centros habitados del planeta. Sólo escaparon con vida los que habían permanecido bajo tierra, y que después se encontraron con un mundo muerto, en el que había que sobrevivir.

Todo fue arrasado, plantas, árboles, todo; todo, menos las semillas que habían quedado bajo la tierra, semillas que habían

fructificado desde que los océanos dejaran de hervir y las tormentas se normalizaran, tras inundar casi continentes enteros.

Los milicianos de Ulan habían aparecido, demostrando ser superiores. Desde el aire, esparcieron semillas en torno a las colonias de supervivientes de la macroguerra. Las semillas dieron sus frutos, no en seguida, sino al cabo de años, años de verdadera hambre entre los supervivientes del planeta, un hambre que había mermado sus facultades.

Luego, casi transcurrido el medio siglo, llegó el resurgimiento, pero quedaron huérfanos de cultura, de aquella cultura que, sin lugar a dudas, poseían los milicianos de Ulan, que no querían que la cultura ni la información volviese a los supervivientes de la macroguerra. Incluso éstos realizaron expediciones en busca de posibles bibliotecas, hemerotecas o videotecas y, nada más descubrirlas, las incineraron sistemáticamente.

— No, por favor, Koilos, no lo hagas.

— Has de ser mía, Gala, mía, yo te amo.

A Gala, tendida en el suelo, con Koilos sobre ella, llenándola de besos, acariciando sus pechos desnudos, exuberantes a la luz de la luna, se le llenaron los ojos de lágrimas.

— Si tomas mi virginidad ahora, los milicianos de Ulan lo descubrirán, y me sacrificarán.

— Y si eres doncella, ¿qué ocurrirá, que servirás para que ellos se diviertan?

— Yo también te amo, Koilos. Haz lo que quieras conmigo.

Gala dejó caer sus brazos a lo largo del cuerpo, no opuso la menor resistencia, y miró con ojos húmedos por las lágrimas al hombre que amaba, y que se hallaba sobre ella. Ambos vestían las toscas ropas de color naranja que confeccionaban con los rollos de tela áspera y gruesa que les entregaban los propios milicianos de Ulan, ya que apenas había animales que cazar y a los que poder quitar su piel para utilizarla como abrigo.

— Maldita sea; no puedo, no puedo sacrificarte — rugió el hombre.

— Koilos, Koilos, ninguna de las que se van, vuelven, pero te juro que si lo que quieren hacer conmigo es convertirme en su juguete, no lo conseguirán. Te juro que no lo conseguirán, lucharé

aunque hayan de matarme.

Koilos la llenó de besos, pero la respetó. Según el consejo de ancianos y los diez delegados nombrados por los propios milicianos de Ulan, Gala había sido elegida para la entrega, aquella entrega que se llevaba a cabo cada seis plenilunios.

Al día siguiente, se pondría en marcha la comitiva hacia la llanura de Salisbury, en el conjunto megalítico dé Stonehenge, donde debería aguardar la recogida de los jóvenes; pero Koilos no parecía conforme con aquel tributo que se venía pagando durante años y años, y se fue a buscar al anciano Adrián, que se hallaba pensativo, como si algo le atormentara el espíritu.

— ¿Qué es lo que deseas, Koilos? Tu actitud es belicosa.

— No debemos entregar el tributo humano.

— Eso es muy fácil de decir y de desear, pero imposible de cumplir.

— Hagámosles la guerra, defendámonos. Basta ya de tributos humanos.

— Este asunto se ha discutido en varias ocasiones por el consejo de ancianos de las diferentes tribus, y siempre hemos llegado a la conclusión de que negarnos al tributo significa el castigo y la muerte.

— Pues, muramos con honor en vez de entregar a nuestra juventud para que sea convertida en esclavos de esos seres que llegan del cielo.

— Son superiores a nosotros, son como semidioses.

— Cuando nos decidamos a matarlos, dejaremos de considerarlos semidioses.

— Ya hubo una represalia de los milicianos de Ulan, y fue trágica. Es mejor someternos, son superiores.

— Superiores, superiores... — repitió Koilos, más que irritado rabioso ante la pasividad con que el consejo de ancianos de todas las tribus aceptaba aquel destino tan deprimente para su raza.

Cada seis plenilunios, cien jóvenes desaparecían entre sus familias, entre sus amigos, para no regresar jamás.

— Tú eres afortunado, Koilos, no has sido elegido.

— Es que ya no se trata de mí, sino de todos nosotros. No podemos tolerar que se lleven a nuestros hermanos, a nuestros amigos, a nuestras futuras mujeres.

— Sé perfectamente que te gustaba Gala, y que tú le gustabas a ella, Koilos.

— ¿Gustaba, por qué hablas en pasado, Adrián? Estamos vivos, seguimos gustándonos.

— Debes dejar de pensar en ella. Ha sido designada por sorteo, como así está establecido, y ya no puede hablarse de ella más que como elegida.

— ¡ Sois unos cobardes!

— ¡Koilos!—exclamó el anciano, poniéndose en pie, ofendido, severo ante la actitud del joven rebelde.

— Sí, el consejo de ancianos decide que hay que seguir pagando el tributo a los milicianos de Ulan, pero ¿por qué?. Yo sé por qué, porque los ancianos ya no tenéis oportunidad de ser elegidos. Ya no podéis marchar en procesión hacia Stonehenge para ser convertidos en esclavos. Ya no tenéis esa posibilidad y, como no corréis riesgo alguno, preferís que siga todo igual, porque vuestro único riesgo es la represalia de los milicianos de Ulan. Eso sí os da miedo.

— ¿Es que no se van nuestros hijos y también nuestras hijas?

— ¡Queréis más a vuestro propio pellejo, viejo y arrugado, eso es lo que más os importa, vuestro podrido pellejo!

— No quiero escucharte, Koilos. Comprendo tu indignación, pero olvidas que la resignación es la que hace que nuestra tribu y todas las tribus que están como nosotros, sigan adelante.

— No quiero resignación. Esta vez no entregaremos el tributo humano, nos rebelaremos contra los milicianos de Ulan. Si escapamos en todas direcciones por los bosques, no se saldrán con la suya. El peligro para nosotros es permanecer agrupados, y carecer de armas con que hacerles frente.

— ¡Estás loco! Por tu boca sólo habla la inconsciencia propia de la juventud. Márchate y recapacita, camina en soledad; eso te hará bien. Aléjate de la tribu durante media luna y luego regresa. Todo habrá pasado ya, y la separación de Gala no será tan dura para ti.

— No, no acataré la decisión del consejo de ancianos.

— ¡Loco, eres un loco! El desacato al consejo de ancianos equivale a la muerte en el aspa de los sacrificios

— Nunca dejaré que me aten al aspa de los sacrificios. Los ancianos sois unos cobardes que no queréis enfrentaros a la realidad porque tenéis miedo, y preferís que los jóvenes sean los cautivos, los que ya no volverán jamás.

Koilos escupió al suelo y, armado con su lanza, se alejó corriendo. El anciano Adrián le miró con irritación, cólera y pesar, a un tiempo. .

A Koilos le costó encontrar a Gala. Ya había sido pintado su rostro con el blanco fosforescente que destacaba en la noche, lo mismo que a los demás elegidos que debían ser recogidos por las cosmonaves de los milicianos de Ulan.

— ¡Gala, ven conmigo! Nos iremos a los bosques del este, pasaremos las aguas en una balsa, y llegaremos a las tierras grandes del continente donde viven otras tribus.

— No, Koilos, no puedo; ya he sido marcada. Ahora, debo ponerme en camino.

— Vendrás conmigo, y vosotros, todos los demás, rebelaos, no os sometáis a la esclavitud. ¡Rechacemos el mando del consejo de ancianos, ha llegado la hora de la rebelión!

Hubo dudas entre los reunidos. Los había que tenían verdadero miedo a emprender el camino hacia los monumentos megalíticos de Stonehenge, pero la mayoría parecían ya resignados a su destino; no en vano se les había imbuido esta idea desde la infancia. Incluso, no eran pocos los que creían que su sacrificio, su entrega como esclavos a los milicianos de Ulan, era en bien de su tribu.

Sólo unos pocos entre los cien elegidos, setenta y cinco jóvenes y veinticinco muchachas, todas de diecisiete años, gritaron:

— ¡Koilos tiene razón, rebelémonos!

Entre las ruinas aparecieron varios miembros de la tribu. Eran los delegados de los milicianos de Ulan, los que habían demostrado a los esclavistas que les eran totalmente fieles. Iban armados con corazas, y uno de ellos, Callah, el jefe de los delegados, se adelantó para conminarle:

— ¡Koilos, entrégate en nombre del consejo de ancianos!

— ¿En nombre de consejo de ancianos o en nombre de vuestros amos, los milicianos de Ulan?

— ¡Apresémosle! —gritó Callah.

— ¡No, no, dejadlo! — suplicó Gala.

Nadie hizo caso a la muchacha elegida, y los delegados acorralaron a Koilos contra un montón de ruinas de hormigón y aceros retorcidos.

Koilos puso su lanza en actitud de defensa, pero estaba solo frente a la decena de atacantes.

— ¡ Cobardes, os habéis vendido! — rugió.

Gala vio cómo el cerco se cerraba. Quiso ir en ayuda de Koilos, mas sus propios compañeros de destino, los que iban a ser entregados a los milicianos de Ulan, la retuvieron a la fuerza.

Una lanza hirió en un brazo a Koilos, y éste replicó ensartando a uno de los secuaces de Callah que, para desgracia de Koilos, asió la lanza con sus manos, aquella lanza que se había hundido en su cuerpo.

De este modo, al tiempo que eliminaba a uno de sus enemigos, Koilos quedó desarmado. Quiso hacerse con su cuchillo, hecho como las demás armas, de los trozos de acero que emergían de las ruinas de hormigón o de las vigas retorcidas, pero se le echaron encima Callah y los demás, y le golpearon, haciéndole sangrar.

— ¡ No le matéis, el consejo lo quiere vivo para ejemplo de quien quiera desacatar la voluntad del consejo!

— ¡No! —gritó Gala, perdiendo el sentido mientras Koilos era maniatado casi con ferocidad, pues le desollaron las muñecas, mientras no cesaba de recibir golpes al tiempo que gritaba:

— ¡Hay que luchar por la libertad, muero por la libertad! ¡Rebelión!

Al fin, con la boca sangrante, ya no pudo gritar más.

Gala lo vio por última vez mientras se lo llevaban a rastras. Uno de los elegidos para el pago del tributo humano, rezongó:

— Está loco, es inútil oponerse a la imposición de tributo de los milicianos de Ulan ni a las decisiones del consejo de ancianos.

— Sólo cabe pensar que está loco, porque él no era uno de nosotros.

Los que habían tenido deseos de rebelarse, se callaron, pero el miedo a lo desconocido ya se había apoderado de ellos.

El único conato de rebeldía en contra del tributo humano había sido abortado. La marcha hacia la llanura de Salisbury iba a comenzar.

Los caballos serían enganchados en las carretas de ruedas pesadas y toscas, en las que subirían los elegidos y la comitiva avanzaría por el ancho camino que antes de la macroguerra fue una autopista, y de la que ahora sólo quedaba el cemento, pues el asfalto había desaparecido y en él habían crecido árboles y arbustos, que no conseguían desfigurar la ruta que ya conocían de memoria porque les había sido impuesta por los milicianos de Ulan, seres sin piedad que llegaban por el cielo y desaparecían en él, en sus poderosas y centelleantes naves.

CAPÍTULO II

En las entrañas de lo más inaccesible de la cordillera del Himalaya, un reloj marcó la hora diecisiete mil quinientas veinte. En ese preciso instante, un relé de mercurio entró en acción.

Comenzaron a parpadear unas luces rojas en toda la nave subterránea, con millares de millones de toneladas de roca encima. Al mismo tiempo, se accionó una chicharra de medio tono, con intermitencia de un segundo de sonoridad por cinco de silencio.

El cuadro de mandos y control de la computadora se fue iluminando progresivamente. La memoria del ordenador comenzó a funcionar, enviando órdenes, y el sistema de climatización inició su funcionamiento.

Controló la entrada de aire y el nivel de presión, absorbiendo cualquier gas nocivo que pudiera contener todo el complejo subterráneo, gases que podían haberse acumulado en la gruta, a lo largo de los doscientos años.

Ya se podían escuchar, con oído atento, leves pitidos, relés que dejaban pasar fluidos de electrones que saltaban chisporroteantes de un borne a otro, todos ellos enfundados en oro para que el tiempo no depositara una capa de óxido que pudiera convertirlos en aislantes y, por tanto, en bornes inútiles.

Una suave luz azulada iluminó la nave central y las dependencias accesorias. La sala de criogenización también se iluminó. En el centro, como si fuera un catafalco y sobre él un féretro, estaba la cápsula hermética del más templado acero al tungsteno y

titanio que se había podido conseguir.

A la altura del rostro, un cristal irrompible, de cuarenta milímetros de espesor, dejaba ver el rostro del hombre que había renunciado a su presente para lanzarse al futuro, un hombre que físicamente tenía que ser perfecto; de lo contrario, no habría sido seleccionado entre los nueve mil voluntarios superespecializados que habían presentado su solicitud.

Cuatro agujas clavadas en cada una de sus extremidades comenzaron a extraer el líquido que había suplantado a la sangre en aquel cuerpo humano, un líquido biológico largamente estudiado, que impedía la cristalización a bajas temperaturas, mientras la sangré, conservada en un depósito, se iba calentando décima a décima y entraba en el cuerpo humano, una sangre que iba a ser pobre y que el elegido para el futuro tenía que recuperar con una alimentación superconcentrada.

El líquido pseudo-sanguíneo fue extraído en su totalidad, y la sangre ya circulaba por el cuerpo humano, mientras el corazón estaba detenido. La circulación era extracorpórea, y obligaba al corazón a latir poco a poco, al pasar la sangre por sus ventrículos y válvulas.

Había que reacostumbrar el órgano de bombeo a recuperar su ritmo. Sístole, diástole, sístole, diástole… La temperatura no aumentaba a más de un grado por hora. Jamás se había hecho una prueba semejante de mantener un cuerpo humano criogenizado durante tanto tiempo.

Nadie podía saber cuándo aquel hombre fue introducido en la cápsula, si iba a retornar a la vida o no, pero aquel hombre no fue engañado; sabía a los riesgos a que se exponía.

Cuando la temperatura llegó a los veintiocho grados, el corazón comenzó a latir por sí mismo; aunque era muy posible que se hubiera detenido, de no continuar funcionando la bomba electrónica extracorpórea.

A los treinta y cinco grados, había subido el color rosado en el rostro viril, un rostro al que había crecido el bigote y la barba.

Las pupilas quedaron limpias, con un color azul pálido. Miraron a un lado y a otro, y al fin se clavaron en la mirilla de cristal.

En el techo había una pantalla de T.T.V., que se iluminó al alcanzar la sangre los treinta y cinco grados. Todo el proceso era automático. Pudo ver un paisaje lleno de color, hermoso y atrayente,

mientras como fondo sonaba la Novena Sinfonía de Beethoven.

El retorno a la vida, las neuronas cerebrales entraban en funcionamiento.

Cabía esperar que ninguna de ellas se hubiera destruido, mermando al hombre llegado del pasado.

Permaneció quieto, como si le costara salir de un profundo sueño.

Había sido preparado para que no hubiera trauma psicológico.

La música de fondo, suave y acariciante, estimulante del sistema nervioso, se detuvo para dejar oír una voz femenina, muy agradable, justo cuando la temperatura llegó a alcanzar los treinta y seis grados Celsius dentro del cuerpo humano.

— El sueño ha terminado. Mueve tu mano derecha; al alcance de tus dedos hay tres resortes, uno, dos y tres, comenzando desde arriba. El primero desconectará la circulación sanguínea extracorpórea; el segundo nivelará la presión del aire del interior de la cápsula con el exterior, y el tercer resorte abrirá la cápsula. Primero, un resorte. Espera la señal y oprime el siguiente. Aguarda otra señal y oprime el tercero. Ahora estás en el siglo veintitrés de la civilización cristiano terrícola. Si me estás escuchando, es que todo funciona bien. Yo soy una voz grabada hace doscientos años, y que te desea suerte. Tú eres Rod Lithos, un representante del siglo veintiuno, enviado al futuro.

Por la mente de Rod Lithos desfilaron escenas de su vida, de cuantos hechos habían quedado grabados en su memoria.

Estaba recuperando sus vivencias, su cultura, todo el saber del bien y del mal acumulado en sus células cerebrales.

Se vio como niño, estudiando en la escuela. Se vio con su padre, compitiendo y peleando con otros chicos de su edad. Se vio jugando a rugby, corriendo sobre el mullido césped, cogiendo la pelota apepinada y lanzándose hacia la línea de mareaje adversaria, mientras miles de espectadores rugían.

Se vio desnudando a una mujer joven y hermosa, besándole la piel, oprimiéndole los pechos con suavidad buscando el calor humano de sus muslos, rodando con ella sobre una cama ancha…

Se vio rellenando un impreso tras otro, volando luego por el espacio sideral en una nave de combate y acercándose a Marte. Después, se vio descendiendo por un carril hacia el interior de la gruta

excavada en las entrañas del Himalaya.

Se vio metiéndose dentro de la cápsula y diciendo adiós con la mirada a cuantos le rodeaban, a todos aquellos especialistas, hombres y mujeres que, una vez terminada su tarea, abandonarían aquel reducto, que se cerraría con hielos eternos.

¿Qué habría sido de aquella muchacha rubia y hermosa, de piel blanca, a la que recordaba haber amado intensamente? ¿Había sido la única?

Sin hallar todavía respuesta a sus innumerables preguntas, pulsó el primer resorte.

Bajo la pantalla vio una luz verde, que se encendía. Notó entonces un ligero ahogo, como si le costada respirar. Este tránsito duró poco, la circulación sanguínea extracorpórea había dejado de funcionar, y ahora era su corazón de doscientos veinticinco años, pero joven y poderoso, el que palpitaba por sí mismo.

Seguía tendido, sin moverse, sin gastar energías. Transcurrió un breve tiempo, y otro pitido le hizo oprimir el segundo resorte. Entonces escuchó un ligerísimo silbido, era el paso del aire por una válvula de control finísima. La presión atmosférica se estaba nivelando.

La emoción embargaba a Rod Lithos.

Estaba vivo, respiraba, su corazón latía y su mente se halla en perfecto estado.

Se encontraba como al despertar de un largo sueño, tras una enfermedad debilitante.

Un nuevo pitido, y Rod Lithos oprimió el tercer y último resorte. El extremo del cilindro que era la cápsula, se había abierto por detrás de su cabeza, y él, tendido sobre una camilla, se prolongó hacia el exterior, quedando libre.

Al fin había salido de su encierro. No tuvo prisa por abandonar la camilla y, cuando lo hizo, al ponerse en pie, sufrió un vahído que le obligó a sentarse. Estaba débil, no cabía duda, pero se sostenía.

— Rod Lithos, soy tu amiga del pasado, ¿ me escuchas? Ya estás libre de la cápsula de criogenización.

Miró hacia la pantalla de T.T.V. y vio el rostro sonriente y agradable de una mujer joven, hermosa y rubia.

— ¡Diablos, es ella! —exclamó.

Fue la primera frase que brotó de su garganta. Acababa de reconocer a la chica de la pantalla como a la mujer que había amado. ¿Dónde estaría ahora? Seguramente va no quedarían ni sus restos, dos siglos eran demasiado tiempo, y más para una civilización que, por exceso de población, se había visto obligada a clausurar todos los cementerios y al multiplicar los hornos crematorios de cadáveres como única solución eficaz para la eliminación de los despojos humanos.

Deseó con toda el alma que aquella chica hubiera estado allí con él, pero ella se había quedado en el pasado, y él estaba en el futuro. Ya no conocería a nadie. ¿Qué le aguardaba afuera?

El plan había sido ultrasecreto. Era cierto que en todo el planeta se habían montado cámaras de criogenización, pero ninguna tan perfecta como aquélla. Además, ésta tenía la gran ventaja de que no se había encerrado en ella a un cadáver para ver si el futuro lo recuperaba, a un hombre o mujer gravemente enfermo, buscando la solución a su dolencia, sino a un hombre joven y totalmente sano y perfecto, dentro de lo que podía considerarse la perfección en un hombre.

— Gracias por la compañía de tu cara bonita — le dijo, mientras ella sonreía.

Más sabía que ya no podía responderle. Todo lo que dijera aquel rostro hermoso estaba grabado desde hacía doscientos años.

Recuperado del vahído, se acercó a una butaca y una mesa. Frente a él tenía varios resortes. Escogió una bebida reconfortante, y apareció un vaso lleno de ella, tras abrirse una pequeña compuerta frente a sus manos.

Se quedó sentado durante un tiempo prudencial. Cuando se volvió a levantar, se sentía mejor.

Fue al tablero de órdenes y, una vez allí, preguntó a la computadora, mediante el tecleteo de sus dedos, qué era lo que debía hacer.

— Aparecerá en la pantalla grande una serie continuada de preguntas, deberás dar respuestas a la computadora.

— Ya, un test psicomemotécnico.

— ¿Cuál es la altura original de la pirámide de Keops?

La pregunta salió en pantalla, y Rod Lithos tecleó la respuesta.

— Ciento cuarenta y seis metros.

— ¿Cuántos millones de kilómetros cuadrados tiene Brasil?

La contestación de Lithos no se hizo esperar, ya que tenía, un tiempo muy limitado para cada respuesta.

— Ocho millones quinientos trece mil ochocientos cuarenta y cuatro.

— ¿Cuáles son los huesos del cráneo humano?

— Frontal, occipital, temporales, y parietales.

Fueron haciendo preguntas y más preguntas hasta llegar a cien. Las hubo de historia, filosofía, ingeniería, matemáticas superiores. Luego, suspiró y la computadora dio el resultado.

— Positivo cien por cien.

En pantalla apareció otra orden, con fondo rojo:

— Ve al gimnasio y pasa por todos los aparatos, uno por uno. Deja un tiempo de descanso de treinta minutos entre aparato y aparato, que podrás dedicar a descansar oyendo música y ruidos que ya están grabados en tu memoria.

Se habían tomado todas las medidas para que el hombre lanzado al futuro resurgiera al mundo sin traumas, con la mente y el cuerpo sanos.

Montó en la bicicleta estática y comenzó a pedalear. Sabía que él no tenía que mover ningún control, todo estaba en el ordenador, que iría colocando resistencia a la cadena de la bicicleta y él, en todo momento, tenía que imprimir el máximo de velocidad hasta que sonara una campana, dando por terminada la prueba.

La prueba no era muy dura, se había tenido en cuenta la lógica debilidad con que saldría de la cápsula de criogenización.

Todo estaba programado, y aún no podía comenzar a funcionar la iniciativa propia de Rod Lithos.

Comió y volvió a pasar varios chequeos automáticos y exámenes. Hizo gimnasia de nuevo, comió otra vez y descansó unas horas. Al final se encendió una hilera completa de luces verdes frente al teclado del computador.

Rod Lithos recordaba muy bien lo que significaba la batería de pilotos verdes encendidos. El ya no estaba gobernado por el computador, sino que la situación era a la inversa: El computador-ordenador se colocaba a sus órdenes. Todas las pruebas de aptitud física y mental habían sido positivas, y la computadora bioelectrónica se colocaba a las órdenes del ser humano que para algo la había inventado.

— Colocación de antenas exteriores. Quiero captar las ondas que se transmiten en el espacio exterior — dijo claramente al ordenador.

Pulsó unos teclados y aguardó. El propio ordenador fue moviendo automáticamente los diales en cuarenta frecuencias al mismo tiempo. Al fin, en la pantalla salió un escrito.

— Señales de ondas de radio y televisión, negativo.

Frunció el ceño. Era extraño, muy extraño. Si habían pasado dos siglos, los medios de comunicación tenían que haber avanzado mucho, claro que cabía la posibilidad de que se utilizara el sistema cable o el de mono-dirección por láser infrarrojo. Si así era, resultaba lógico que la antena no captara nada.

— Temperatura y presión atmosférica.

En pantalla no tardaron en aparecer los datos del exterior, que eran razonablemente aceptables, teniendo en cuenta que estaban en la cordillera del Himalaya, donde el frío y las nieves, debido a su altitud, eran eternos.

Trató de ver el planeta, buscando la ayuda de satélites artificiales.

— Existen gran cantidad de satélites artificiales, pero ninguno responde a nuestra señal.

— ¿Serán nuevos? —se preguntó Rod Lithos—. ¿Habrán quedado inutilizados? Lo mejor será que me decida a ver el planeta por mí mismo.

Abandonó la mesa de trabajo, aquella mesa situada frente al amplio panel de pilotos indicadores, que no cesaban de centellear en distintos colores, emitiendo una gama variada de pitidos y, en el centro de ellos, la pantalla en la cual el ordenador respondía por escrito a las preguntas que se le hacían.

Caminó hacia la más amplia de las naves de aquel reducto subterráneo. Allí estaba la nave de exploración y combate, si era

necesario, con una capacidad de carga extra, que podía llegar a las dos toneladas.

Su aspecto era muy aerodinámico, y poseía unas pequeñas alas retráctiles para mejor maniobra en vuelos dentro de una atmósfera. Subió a la nave que como distintivo tenía un ser humano levantando la mano en señal de paz, y su nombre era «Siglo 21», del cual procedía.

Se sintió cómodo sentado en la butaca de pilotaje.

Los atalajes de seguridad le sujetaron automáticamente, y puso en marcha los controles.

El tiempo no parecía haber pasado para aquella maravilla de la ingeniería aerocosmonáutica de la civilización tecnológica terrestre. Todo funcionaba perfectamente.

El motor nuclear apenas hizo un ligero silbido. Movió la palanca de avance, y la «Siglo 21» avanzó hacia la amplia galería por la que cabía muy justo, pues tenía las dimensiones apropiadas para que la nave pasara.

Avanzó casi un kilómetro por la amplia galería hasta que la luz de proa iluminó una pared blanca. Allí estaba el tapón que le aislaba del exterior. Era una plancha de plástico grueso, que contenía el hielo que se hallaba al otro lado. Hizo un disparo de láser infrarrojo y el plástico se fundió, en medio de una gran luminosidad. Tras él, el hielo comenzó a licuarse rápidamente, gracias al poderoso rayo térmico.

El agua en que quedaba convertido el hielo desaparecía por los canales de drenaje que se sumergían luego hacia el interior de la tierra para que el agua no inundara las instalaciones de aquel refugio en el que Rod Lithos había pasado doscientos años criogenizado.

No fue rápido y tampoco sencillo licuar aquel tapón de casi un kilómetro de largo, que obturaba la galería en forma hermética.

Al fin, llegó a la entrada de la galería, provocando un alud de hielo y nieve en el exterior, que cayó pendiente abajo por la ladera de una de las ignotas montañas de la cordillera del Himalaya.

El motor de la «Siglo 21» asomó al exterior, después de permanecer doscientos años en el subterráneo.

Rod Lithos miró en todas direcciones. El cielo estaba nítido, y todas las montañas de los alrededores estaban llenas de nieves eternas.

Rod Lithos trató de recordar la rampa de acceso a la galería, una rampa que partía de una pequeña planicie que se hallaba como a un kilómetro. Allí tomaban tierra las aeronaves de transporte que habían llevado hasta aquel recóndito lugar de la cordillera del Himalaya todo el material para construir el subterráneo y a los técnicos y obreros.

Podía ver la planicie, pero la rampa por la que habían avanzado los bulldozers casi había desaparecido, por acumulación de nieves a lo largo de dos siglos.

Volver a la luz natural, al cielo abierto, al espléndido paisaje que no era una fría grabación, revitalizó aún más si cabe la humanidad de Rod Lithos, que se sintió como si volviera a salir del claustro materno, sólo que en esta ocasión la madre que lo estaba pariendo era la propia Tierra.

Puso el motor a media potencia. Aumentó gradualmente, y la «Siglo 21» remontó poniendo proa al cielo, dejando atrás la galería de la que había salido. Se elevó por encima de los picachos del Himalaya, el mundo volvía a ser suyo; sólo que todavía ignoraba en lo que se había convertido su civilización, su planeta.

CAPÍTULO III

La gran velocidad de la «Siglo 21» le permitió pasar pronto del día a la noche; no obstante, Rod Lithos sabía que podía multiplicar por diez, dentro del espacio atmosférico, la velocidad de la nave que pilotaba, es decir, podía llegar a diez mach sonido.

Tenía conectada la telecámara, que le permitía ver en la pantalla adosada al salpicadero de controles.

Cuando llegaba a una población, que podía ver a simple vista, pues volaba a una altura de unos treinta mil pies, enfocaba la telecámara y observaba con más precisión, a través de la pantalla. Y lo que vio no pudo por menos que sobrecogerle.

Ruinas y más ruinas, ruinas que debían tener ya muchas décadas, a juzgar por la vegetación e incluso el arbolado que había crecido entre los bloques de hormigón destrozados, entre las vigas de acero que asomaban entre montañas de cascotes, como si fueran las espinas de un monstruoso pez, que se estuviera pudriendo.

Recordó los trágicos vaticinios que en el siglo veintiuno se hicieran respecto a una posible tercera guerra mundial, que terminaría llamándose macroguerra, y no cabía dudar de ella viendo las ruinas de lo que habían sido bulliciosas y espléndidas ciudades, y que ahora eran montañas de piedras, hormigón, acero y vidrio fundido. De la materia orgánica anterior a la macroguerra, ya no quedaba nada.

Uno de los motivos de enterrarle a él en las entrañas de la cordillera del Himalaya había sido éste: una posible guerra, que arrasara el planeta.

Se había llegado incluso a pensar en preparar no sólo a un hombre sino a una pareja, pero al final se había desestimado esta idea, al rebasarse en mucho el presupuesto del proyecto ultrasecreto.

Después de todo, se había dicho que, si nada quedaba, Rod Lithos estaba condenado a morir en la esterilidad de un planeta asesinado por sus propios hijos, los seres humanos.

No podría sobrevivir. Los alimentos que le habían dejado eran para un tiempo limitado, y el propio Rod Lithos había aceptado la posibilidad de tener que morir de inanición, en un mundo totalmente yermo a causa de la locura del hombre.

Mas ahora veía que la vegetación se había desarrollado después de la macroguerra, y confiaba que hubiera también vida animal. Por consiguiente, su supervivencia estaba asegurada.

Sólo faltaba que existieran más seres humanos supervivientes de aquel holocausto mundial pues, de lo contrario, con él moriría la especie humana.

Rod Lithos poseía unos nervios de acero muy probados y un sentido pragmático de la vida que le convertía en un ser capaz de supervivir, en las condiciones más adversas.

Había demostrado no tener miedo a la soledad; confiaba en sí mismo, en sus propias fuerzas y decisiones; sin embargo, estaba buscando con afán, con tensión en los músculos de su rostro, un signo de vida humana.

La noche podía facilitar la búsqueda, ya que si había seres humanos con vida, habría luz en alguna parte.

Cuando, a lo lejos, divisó unos destellos luminosos, sus pulmones se hincharon de alegría. Eran fogatas, sin duda alguna, visibles gracias a la noche.

Con el telemando, manipuló la telecámara, mientras apagaba todas las luces de posición de su nave para no ser visto. También tenía a su favor que el motor nuclear apenas era audible.

Comenzó a volar en círculo sobre el área donde descubriera las fogatas. En pantalla, las hogueras se ampliaron, y dejaron de ser simples puntos luminosos. Descubrió a seres humanos vestidos de color naranja, y portando lanzas en sus manos, lo que le hizo deducir que habían sufrido una terrible regresión al pasado.

¿Sería posible que el ser humano hubiera vuelto a su

prehistoria?

Entonces, vio un aspa de tormento y, en ella, a un hombre que sufría la tortura de estar sujeto a ella. Debía ponerse en contacto con ellos, y decidió descender.

Situó su nave sobre la planicie de la colina en que se situaba aquel asentamiento humano, y descendió en vertical, esquivando las copas de los árboles mientras en el cielo comenzaba a nacer un espléndido plenilunio.

Cuando ya estaba a poca distancia del suelo, encendió todas sus luces de posición, y la nave se iluminó en parte, mientras centelleaban luces de color rojo, ámbar y azul.

La nave se detuvo, posándose con suavidad, aunque se elevó una nube de polvo, que se disipó con rapidez.

No era ilógico pensar que los seres del campamento huyeran, despavoridos, ante su presencia; Rod Lithos contaba con ello, podía ser tomado por algo extraño, quizá por un extraterrestre.

Tomó el micrófono y abrió la megafonía exterior. Comenzó a hablar de tal modo que se le podría oír con claridad en un radio de diez kilómetros.

— Atención, atención, os habla un hijo de este planeta, un hermano vuestro, alguien que viene en paz para establecer comunicación. Repito, soy amigo y quiero comunicarme con vosotros.

Aguardó dentro de la nave, pero nadie del campamento se le acercó. Las fogatas seguían encendidas, y sólo podía ver al hombre sujetado al aspa de troncos, instrumento de tortura, posiblemente de muerte.

No se quitó el casco de protección en vuelo. Si habían regresado a la prehistoria, no sería raro que alguien pudiera lanzarle una pedrada, y había que contar con ello; debía de tomar sus precauciones. Por ello, se ciñó el ancho cinturón del cual colgaba un cuchillo, una linterna pequeña, pero potentísima, y una pistola super-ultrasónica, que graduó mediante la ruedecilla que marcaba la potencia de disparo.

Abandonó su sillón de pilotaje, y abrió la nave. Automáticamente, se extendió la escalerilla retráctil y telescópica, que llegó hasta el suelo.

Cuando estuvo en tierra, miró en derredor. Los seres vestidos de

naranja habían huido, estarían lejos o escondidos entre ruinas porque se hallaban en lo que podía haber sido, antes de la guerra, un parque ciudadano.

Rod pensó que el único que por el momento no podía huir de él era aquel hombre que se hallaba sujeto en el aspa. Al acercarse, lo vio herido.

Aquel hombre le miró con un odio atroz, un odio que hacía fulgurar sus ojos en la noche como reflejándose en ellos las llamas de las fogatas próximas.

— ¿Qué te sucede? ¿Por qué estás en este aspa de tortura?

— ¿Y tú lo preguntas?

Rod Lithos comprendió que era confundido con alguien que en algo podía parecérsele.

— Yo no te he hecho ningún daño.

— ¿No?

Aquel hombre herido y sentenciado a muerte en el aspa, casi se le echó encima, y lo habría conseguido de no haber estado sus pies y manos fuertemente atados a los troncos que formaban el aspa, y éstos, clavados en parte en la tierra.

—Tú y todos vosotros, los malditos milicianos de Ulan, os lleváis a los jóvenes de nuestro pueblo para convertirlos en esclavos.

— ¿Los milicianos de Ulan, dices? ¿Quiénes son los milicianos de Ulan?

La mirada del torturado cambió; parpadeó, incrédulo.

— ¿Cómo te atreves a preguntarme, si tú eres uno de ellos?

— No, no, yo no soy un miliciano de Ulan, ni sé quiénes son,

— ¿Quién eres, entonces?

Rod Lithos comprendió que iba a ser muy difícil explicárselo todo a aquel hombre, de actitudes casi prehistóricas, aunque su físico, su anatomía general, fuera idéntica a la suya propia, porque no cabía duda de que era un descendiente de los supervivientes de la macroguerra que había asolado al planeta.

— Soy Rod Lithos, un hijo de este planeta, como tú. He estado

ausente mucho tiempo, y he regresado — dijo sencillamente—. No sé lo que aquí sucede, pero puedo jurarte por mi vida, por mi honor, que no soy uno de esos milicianos de Ulan, ni siquiera sé quiénes son.

El torturado siguió mostrando incredulidad; era como si en el cielo hubiesen aparecido, de pronto, dos lunas o a él le hubieran brotado alas en la espalda con que volar.

— No es posible.

Rod Lithos sacó su cuchillo de la funda y cortó las ligaduras que sujetaban al torturado. Este, al verse libre, apenas pudo sostenerse. Tenía desolladuras en muñecas y tobillos, y heridas en el pecho y las piernas, y algunas fuertes moraduras en el rostro, evidenciando que había recibido golpes contundentes.

— ¿ Rod Lithos?

— Sí, Rod Lithos. ¿Y tú cómo te llamas?

— Koilos.

Guardó su cuchillo en la funda, y le tendió la mano.

— Quiero ser tu amigo, Koilos.

Estrecharon sus manos y se estableció una inmediata corriente de simpatía entre los dos, aunque para Koilos era difícil comprender la presencia de Rod Lithos.

— Mis hermanos me han puesto en el aspa para que muriera, por rebelarme contra el tributo humano que hay que pagar a los milicianos de Ulan.

— ¿Tributo humano, dices?

— Sí, setenta y cinco varones jóvenes y veinticinco doncellas, de diecisiete años.

— ¿Y qué hacen con ellos?

— No se sabe, jamás nadie ha regresado. Se los llevan por el aire, con un monstruo volador parecido al tuyo, pero más grande.

— ¿Y tú te has opuesto, y los tuyos te han castigado a muerte?

— Sí, el consejo de ancianos y los delegados de los milicianos, que son unos perros que sirven a los milicianos de Ulan hasta atreverse a matar a sus hermanos.

— Hablaré con el consejo de ancianos.

— Imposible.

— ¿Imposible, por qué?

— La caravana ya está en la llanura de Salisbury, en Stonehenge. Esta noche es el sexto plenilunio — señaló la gran luna redonda, que brillaba en el cielo — y ha de verificarse la entrega del tributo. Esta noche, nuestros jóvenes hermanos deberán estar, con los rostros pintados de blanco, en el centro de Stonehenge, y los milicianos de Ulan los recogerán, llevándoselos para no regresar jamás.

— ¿Esta noche, dices?

— Sí, esta noche.

— Y el consejo de ancianos, ¿qué hará, mientras?

— Arrodillarse fuera de los círculos concéntricos de Stonehenge para adorar a los milicianos de Ulan, como si fueran dioses. Su sumisión es total.

— Vamos, todavía estamos a tiempo — apremió Lithos.

— ¿A tiempo? Imposible, son tres días de viaje a caballo.

— Vamos — insistió Rod Lithos, empujando a Koilos hacia la nave; mas éste se mostró receloso frente a la «Siglo 21».

— No tengas miedo. Si yo fuera un miliciano de Ulan, ya te habría matado. Sube, partiremos ahora mismo hacia Stonehenge, e iremos más rápidos que un caballo. Por cierto, ¿cómo se salvaron los caballos?

— ¿Que cómo se salvaron los caballos? No entiendo — objetó Koilos.

Rod Lithos no insisto con su pregunta. Hizo sentar a Koilos en una butaca accesoria, cerró la puerta y escondió la escalera retráctil. Se acomodó en el sillón de piloto, y la «Siglo 21» se elevó en vertical, provocando de nuevo una polvareda.

Los habitantes de aquel asentamiento humano no aparecieron por parte alguna; su pánico ante la nave voladora era evidente.

El propio Koilos, cuando se sintió elevado en el aire, tuvo que hacer un esfuerzo para que no le castañetearan los dientes de pavor;

todo aquello era fantásticamente nuevo para él. Sólo podían utilizar aquellos monstruos voladores los semidioses, como los llamaban los ancianos del consejo.

— Viajando por el cielo, no te puedo guiar a Stonehenge. Una vez estuve allí para verlo, hay grandes piedras...

— Lo sé. No te preocupes, Koilos, conozco el camino; llegaremos en seguida.

Rod Lithos apagó las luces de posición y, navegando bajo la espléndida luna, puso proa a la llanura de Salisbury, en Inglaterra. Tras teclear en el ordenador de a bordo, le dio las coordenadas, y éstas pasaron a la dirección automática, de modo que iba a ir en línea completamente recta hacia su objetivo.

Ante la sorpresa de Koilos, en apenas dos minutos vieron una gran nave voladora, muy luminosa, detenida en el cielo sobre el conjunto megalítico prehistórico de Stonehenge, en cuyo centro se hallaban los elegidos para el pago del tributo humano.

— ¡Son ellos, son ellos, los milicianos de Ulan! —exclamó Koilos, viendo la nave a través de uno de los cristales.

— Tranquilo, siéntate, puede que comencemos a bailar.

Rod Lithos enfocó a la nave extraña. Una vez tuvo en su pantalla de radar a la luminosa nave de Ulan, hizo dos disparos simultáneos, como salvas de aviso.

Los cañonazos de rayos incinerantes pasaron a ambos lados de la nave que pretendía recoger el tributo humano.

Koilos estaba emocionado, ante el poder de la nave pilotada por Rod Lithos, aquel hombre cuya existencia nadie conocía.

Los milicianos de Ulan quedaron sorprendidos por aquella advertencia, y su nave giró unos grados para enfrentarse a su atacante.

Rod Lithos, ignorante de cuál podía ser la banda de comunicaciones que utilizaban aquellos desconocidos, optó por emplear el sistema de megafonía externa con que estaba dotada la «Siglo 21».

Poniéndola al máximo de su potencia para poder ser escuchado, les habló.

— ¡Atención, atención! ¡Retrocedan medio kilómetro y tomen

tierra pasivamente! ¡No les he atacado, sólo les he dado una advertencia! Retrocedan medio kilómetro y desciendan hasta aterrizar. No quiero pelear, sólo quiero establecer contacto.

Pese a que tenía las luces apagadas, Lithos estaba seguro de que era detectado incluso a simple vista, gracias al espléndido plenilunio que iluminaba el conjunto de piedras prehistóricas de Stonehenge.

La «Siglo 21» tenía muchas posibilidades de maniobra y, desconfiando, intuyendo un posible ataque, Lithos hizo una maniobra hacia babor, justo cuando desde la nave de los milicianos de Ulan hacían un disparo de láser.

Ante el estupor de Koilos, Rod Lithos se elevó en arco y maniobró luego hacia estribor, efectuando un extraño, que desconcertó a la nave enemiga, que también abandonó su posición estática.

El combate aéreo había comenzado, ya no eran salvas de aviso, sino disparos destructivos. Los milicianos de Ulan respondían de esta forma al desconocido enemigo surgido de repente.

Los controles de la «Siglo 21» se movían en todas direcciones, semejaban haber enloquecido, ante las bruscas maniobras que les obligaba a hacer el piloto.

Koilos se aferró como pudo a su butaca para no salir despedido, las luces centellearon en el cuadro de mandos. Los dedos de Rod Lithos iban pulsando resortes hasta que volvió a accionar el botón rojo de «fuego».

Se produjo un horrísono estallido, y la noche se llenó de luz blanca, una luz que iluminó como si fuera de día todo el conjunto megalítico monumental de Stonehenge, aquel reducto levantado mil ochocientos cuarenta y cinco años antes de Cristo.

El plenilunio dejó de verse, y los elegidos para el pago del tributo humano, horrorizados, se lanzaron al suelo, cerrando sus ojos como temiendo que la maldición de los dioses cayera sobre sus cabezas, mientras los ancianos, sin entender lo que ocurría, regurgitaban extrañas lamentaciones, mientras aplastaban sus rostros contra la hierba que cubría la tierra donde seguían arrodillados.

La luz intensa se fue apagando mientras caían restos ígneos de metales, como una lluvia de diminutas estrellas sobre la tierra. Y por suerte para los elegidos, la destrucción de la nave de los milicianos de Ulan había tenido lugar fuera de los tres círculos concéntricos de

gigantescas piedras supuestamente levantadas por los druidas.

Rod Lithos suspiró y, en tono de queja, comentó:

— No quería destruirlos, pero no han aceptado el diálogo, y me hubieran destruido ellos a mí.

Koilos volvía a mirar por el cristal de la amplia cabina de pilotaje, sin poder dar crédito a lo que estaba viendo y presenciando, cuando hacía sólo unos minutos estaba atado al aspa de la tortura y de la muerte.

Cuando ninguna esperanza le quedaba ya a él ni a los elegidos, se veía dentro de un monstruo volador, destruyendo a los seres que él más odiaba; a los milicianos de Ulan, aquellos seres que llegaban por el cielo para llevarse el tributo humano que exigían.

Rod Lithos descendió con cuidado sobre el conjunto monumental, evitando tocar ninguno de aquellos símbolos megalíticos. Encendió todas las luces, incluido el foco de iluminación. De la nave enemiga sólo quedaban restos irreconocibles, a unos cientos de metros de distancia.

Puso en marcha el detector de radiactividad y, tras comprobar que no había ningún peligro, abrió la puerta y le dijo a Koilos:

— Puedes salir. Dile a los tuyos que no tendrán que entregarse.

Koilos, tambaleándose, pues no había habido tiempo para curar sus heridas, salió por la portezuela y casi cayó por la escalerilla, mientras gritaba:

— ¡Soy Koilos, soy Koilos, hemos vencido a los milicianos de Ulan, los hemos destruido! ¡Soy Koilos, somos libres!

Los asustados hermanos de tribu de Koilos comenzaron a reincorporarse, sin dar crédito aún a lo que estaban viendo.

CAPÍTULO IV

No hubo una gran alegría entre los salvados de la esclavitud; estaban desconcertados.

Jamás se les había ocurrido imaginar que vendría un extraño con una aeronave y destruiría a los milicianos de Ulan.

Gala sí se abrazó a Koilos, y éste, pese a sus heridas, la oprimió con fuerza, casi con desesperación.

No tardaron en converger todas las miradas en Rod Lithos. Alto, fuerte, atlético, vestido con traje de pantalones ajustados y una especie de camisa gruesa, gris azulada, con su casco de protección y el cinturón del que pendían la linterna, el cuchillo y la pistola ultrasónica.

— No sucede nada, sois libres — les dijo.

— ¡Es cierto, es cierto!—gritó Koilos, sin soltar a Gala, a la que seguía sujetando por la cintura—. ¡Es amigo nuestro, y ha vencido a los milicianos de Ulan, es más poderoso que ellos!

Rod Lithos no estaba nada seguro de las palabras de Koilos. Era cierto que había destruido una aeronave de aquellos extraños personajes, llamados los milicianos de Ulan, pero podía ser una nave carguera, con escaso poder defensivo porque ellos no esperaban que nadie se les pudiera oponer en igualdad de condiciones. Estaban oprimiendo, sometiendo y esclavizando a seres que, a lo sumo, iban armados con lanzas, arcos, flechas y cuchillos.

Era mejor no desilusionarles; lo malo es que podían regresar los

milicianos de Ulan con aeronaves bélicas, que posiblemente le buscarían. Estaba seguro de que aquella lucha sólo había sido el comienzo de una guerra en la que él, con su nave «Siglo 21»; tendría que enfrentarse a un enemigo del que lo ignoraba todo.

— Soy amigo de Koilos y de los demás. Le vi sujeto al aspa del tormento, le pregunté por qué estaba allí, y me contó que por querer rebelarse contra los milicianos de Ulan, que se llevan el tributo humano. El tributo humano es una acción opresora que humilla a los seres humanos, rebajándolos a la categoría de bestias. Ahora, ¿quién es el jefe de vosotros?

El grupo de siete ancianos se acercó entre las gigantescas piedras movidas por los druidas, algunas de las cuales tenían más de seis metros de altura.

Uno de los ancianos se puso al frente de los demás, encarándose con Rod Lithos, que seguía en lo alto de la escalerilla de su nave.

— Yo soy Adrián, cabeza y boca del consejo de ancianos, y te digo a ti, extranjero, que los milicianos de Ulan regresarán, y tomarán venganza sangrienta de lo que les has hecho, y será nuestro pueblo el que pague las consecuencias.

— ¡No le hagáis caso, tiene miedo, tiene miedo! — gritó Koilos.

— Por favor, Koilos, déjale hablar — pidió Rod Lithos.

— Los milicianos de Ulan son muy peligrosos, son los hijos de los dioses que llegan por el cielo,

— ¡Rod Lithos también ha llegado por el cielo, lo habéis visto! —exclamó Koilos.

— No soy hijo de dioses ni semidiós; sólo soy un hombre como vosotros, pero que tiene una nave y una tecnología a su disposición para hacerse respetar.

— Los milicianos de Ulan llegan de los estrellas — explicó el anciano Adrián —. Son muy poderosos y nuestro pueblo sabe de sus represalias.

— Yo os ayudaré, pero debéis hablarme de ellos. Quiero saber quiénes son.

— Dinos, antes, de dónde has salido tú, extranjero — inquirió Adrián.

— He salido de la profundidad de los hielos eternos, donde he permanecido mucho tiempo dormido.

Sabía que no iban a comprenderle muy bien; aquellos descendientes de los supervivientes de la macroguerra habían sufrido una durísima regresión cultural, y no podía pretender que le entendieran. Debía emplear un lenguaje accesible, sin mentir.

— No te hemos visto nunca antes, extranjero.

— Soy ciudadano del planeta Tierra, como vosotros; no soy extranjero. Me llamo Rod Lithos, y así me gustaría que me llamarais.

— No podemos comprenderte, Rod Lithos, aunque poseas esa máquina voladora capaz de destruir.

— ¡Trata de comprenderlo! —gritó una voz, surgiendo entre la oscuridad, de detrás de las grandes piedras megalíticas.

— ¡Draky! —exclamó el anciano, al reconocerla.

La joven era esbelta y muy hermosa. Su cabello, muy largo, tenía un precioso color rubio claro. Andaba con una agilidad sensualmente felina. Desde el primer instante, Rod Lithos se fijó en ella.

— ¡Adrián, haz caso a Draky, a tu nieta, que lleva tu sangre! — le gritó Koilos, adelantándose hacia el anciano, mientras los demás seguían en silencio, pues acataban las sentencias de los ancianos.

— Si hacemos caso a Rod Lithos, podemos llevar a nuestro pueblo a la destrucción.

— Si los milicianos de Ulan regresan, intentaré parlamentar con ellos; no quiero la guerra — puntualizó Rod Lithos.

Draky se volvió hacia los demás, y gritó:

— ¡Este hombre, este desconocido que dice ser hermano nuestro, ha evitado que todos vosotros desaparecierais para no regresar jamás, y no nos ha pedido nada a cambio! ¿Por qué hemos de recelar de él?

Hubo un murmullo de aceptación a las palabras de Draky, lo que hizo vacilar al anciano Adrián.

— Los milicianos de Ulan no sólo tienen un carro volador como el que él ha destruido, tienen más; yo los he visto con mis propios ojos, ojos que han vivido y han visto mucho.

— Los milicianos de Ulan tendrán cuidado, si regresan; ahora sabrán que vosotros no estáis desamparados, si es que han logrado avisar a los suyos,

— ¿Cómo podrían avisarlos, si no había nadie más aquí? — inquirió el anciano.

Rod Lithos entendió que sería perder el tiempo el tratar de explicarle a aquel anciano, hundido en una prehistoria forzada, que existían sofisticados medios de comunicación a distancia.

— No discutamos más —expuso Rod Lithos, tratando de imponerse un tanto para cortar las vacilaciones de Adrián —. Regresad a vuestras tierras; yo estaré allí, viviré con vosotros y escucharé a vuestro consejo de ancianos.

Las últimas palabras de Rod Lithos tranquilizaron al anciano Adrián; su autoridad, como cabeza" y boca del consejo de ancianos, como él decía, no quedaba menoscabada así.

— Está bien, si tú has de escucharnos.

— ¡Es la primera vez que tenemos un amigo capaz de enfrentarse a los milicianos de Ulan! —gritó Koilos—. ¡No lo rechacemos!

— ¡Koilos! —interpeló el propio Rod Lithos—. Te llevaré a tu lugar de vida habitual; estás herido y agotado, sube a mi nave.

— Gracias, Rod Lithos, pero quiero ir con Gala; es la mujer que amo.

— Que suba ella contigo, y usted, venerable anciano, y su nieta, también; les llevaré en mi nave. Los demás, que inicien el regreso. Por esta noche, es seguro que no volverán los milicianos de Ulan.

El anciano aceptó muy bien la posibilidad de subir a una aeronave, pues jamás había estado dentro de ninguna de ellas.

Siempre había visto desaparecer a los elegidos por los aires, dentro de las naves de los milicianos de Ulan, y siempre le había parecido algo maravilloso poder elevarse como un pájaro, con toda aquella aparatosidad de luces centelleando.

Adrián subió por la escalerilla y, al llegar a lo alto, volvió su rostro barbado hacia los que allí quedaban, y les ordenó.

— Regresad unidos, sin desperdigaros; allí nos encontraremos.

Koilos empujó, con amor, a Gala hacia la nave. La muchacha seguía con el rostro pintado con aquel blanco fosforescente que la identificaba corno una elegida para pagar el tributo humano a los milicianos de Ulan.

La última en entrar en la nave fue Draky.

Las miradas de la nieta de Adrián y Rod Lithos se encontraron muy cerca, la una de la otra.

El hombre no dijo nada, y luego cerró la puerta.

Koilos se encargó de pedir a los demás que tomaran asiento en el reducido espacio de que disponían. Rod Lithos se aposentó en el sillón de pilotaje y la nave «Siglo 21» comenzó a elevarse en vertical, por encima de las antiquísimas piedras, que semejaban resistirlo todo, incluso las macroguerras.

En contadísimos minutos, la nave descendió de nuevo, con una suavidad que dejó desconcertados a todos, especialmente al anciano Adrián, cuando Rod Lithos anunció:

— Ya hemos llegado.

— ¿ Adónde?

— Al lugar donde estaba Koilos sujeto al aspa del tormento. Supongo que su sentencia ha sido revocada ya.

Adrián no daba crédito a lo quede decían.

— ¿Dices que hemos llegado? ¡No es posible viajar a la velocidad del rayo!

— Pues Rod Lithos puede conseguirlo— puntualizo Koilos, más recuperado —. Salgamos.

Se abrió la puerta y, al reconocer el lugar, Adrián abrió sus brazos, demostrando su inmensa sorpresa. Cuando se volvió hacia Rod Lithos, le miró como si el joven fuera un brujo, al que había que temer.

Draky, situada junto a la portezuela de la nave, se atrevió a preguntar a Rod Lithos:

— ¿Es cierto que has surgido de los hielos eternos, donde estabas dormido?

— Sí.

— Quien se duerme en el hielo, muere — le observó ella.

— Es todo un poco más complicado. Estaba protegido, dentro de, una gruía.

— ¿Una gruía, lejos de aquí?

— Sí, muy lejos.

— Y estos poderes que tienes, ¿los has poseído siempre?

— Mis poderes vienen de los hombres y mujeres que vivían aquí, antes de que estas bellas ciudades se convirtieran en las ruinas en las que os guarecéis ahora.

— ¿Bellas ciudades? — repitió Draky, perpleja.

Rod Lithos cayó en la cuenta de que, sin haber visto imágenes ni libros, los seres que allí había no podían comprender ni imaginar que allí habían vivido millones de personas, con sus hogares, sus oficinas, con sus vehículos particulares circulando de un lado a otro.

Todo había desaparecido; la onda térmica había barrido la memoria de una civilización tecnológicamente avanzada.

— Yo estuve aquí hace mucho tiempo.

— No pareces tan viejo, eres un hombre joven.

— Soy joven porque el tiempo que he pasado dormido ha sido tiempo de envejecimiento para mí. Cuando pueda hacerlo, te contaré cosas. Me interesa rebuscar entre las ruinas. ¿Dónde vivís vosotros?

— Aquí.

— Sí, ya sé que aquí, pero, ¿cómo os protegéis de la lluvia y del frío?

— Si quieres, te lo mostraré — le invitó Draky.

Rod Lithos cerró la puerta de su nave para que nadie pudiera entrar en ella y averiarla.

El anciano Adrián se había vuelto para mirar y admirar la nave «Siglo 21». Tres días tardaría en llegar la caravana, y ellos habían llegado en apenas unos minutos, pues las. fogatas seguían encendidas.

Gala se preocupó de llevarse a Koilos que, debilitado, ya desfallecía.

Rod Lithos se dijo que lo visitaría luego, por si sus heridas se infectaban.

Esperaba que Koilos se repusiera; era un hombre joven y fuerte, pese a que acusaba la falta de comida, ya que sólo se le había proporcionado agua durante el tiempo que había permanecido atado en el aspa de tortura y muerte.

— Abuelo, Rod Lithos tiene interés en ver dónde vivimos; se lo voy a mostrar.

— Bien, Draky. Tened cuidado, he de hablar con los delegados. No fuera a ocurrir que cometieran la torpeza de atacar a Rod Lithos.

— Al que podemos llamar el libertador de nuestro pueblo, abuelo.

Cogiendo a Lithos de la mano, se lo llevó consigo. Arriba, el hermoso plenilunio seguía iluminando la noche.

CAPÍTULO V

El comandante Malaikha tenía el ceño fruncido; las noticias que acababan de darle no le gustaban nada.

Abandonó la reunión que había mantenido con los jefes de investigación, trabajo, energía y transporte, y, seguido por dos milicianos, que siempre le protegían, montó en el pequeño y silencioso vehículo que utilizaba para transitar por los túneles del diminuto imperio que, según Ulan, su creador y emperador, estaba destinado a ocupar todo el planeta.

No le hizo falta salir al exterior para trasladarse a la población donde vivían los milicianos.

Los servidores del imperio Ulan gozaban de todas las comodidades y placeres que su civilización les podía proporcionar a ellos y a sus mujeres.

Se mantenía una rígida disciplina castrense, pero, fuera de ésta, podían hacer lo que quisieran, y sus mujeres no tenían otra limitación que no tener más de dos hijos. El control de nacimientos debía ser cero en la colonia de Ulan.

Los hogares de los milicianos poseían esclavos para los trabajos domésticos, y estos seres, hombres y mujeres, eran tratados con dureza, y nada podían hace para evitar su esclavitud, ya que, antes de ser convertidos en siervos, les insertaban artilugios electrónicos en el cerebro y en el propio corazón para controlarlos a distancia.

Se les podía hacer sentir sensación de fatiga y ahogo o de debilidad tan intensa que caían al suelo. Su voluntad quedaba

anulada, y no había espíritu de rebelión sino de sumisión absoluta, por lo que la esclavitud era total, física y psíquica.

El comandante Malaikha gozaba de toda la confianza del emperador. Ulan. Malaikha presidía las reuniones al más alto nivel, y todos le obedecían como si estuvieran obedeciendo al propio emperador. Se seguían fielmente sus directrices, y el que se desviaba de ellas, era purgado y podía pasar a convertirse en un esclavo más.

En el caso de los domésticos, podía decirse que estaban de suerte, pues muchos otros esclavos lo pasaban peor, especialmente los destinados a experimentación e investigación científica.

Ellos mismos ignoraban lo que les sucedía, pues no se les daba explicación alguna, pero sus organismos eran utilizados para la obtención de anticuerpos, hormonas y también plasma sanguíneo.

Las jóvenes, previamente seleccionadas mediante rigurosísimas inspecciones médicas, eran utilizadas para la procreación clónica.

El emperador Ulan era un ultra ególatra; se había endiosado a sí mismo, y tenía grandes planes para el futuro de la vida en el planeta, sólo que habían surgido dificultades que sus médicos y científicos trataban de solucionar, lo que no era nada fácil.

Malaikha entró en el amplio salón, el preferido del emperador Ulan, donde sonaba una música infantil, tocada con flauta, piano y xilofón.

Casi un centenar de niños, comprendidos entre los dos y los cinco años, jugaban allí, con los más variados juguetes.

Situadas junto a las paredes, había mujeres de cuidado y vigilancia. Unas llevaban la cabeza completamente rapada y afeitada, signo de esclavitud, y las vigilantes vestían de azul intenso. Estas pertenecían a la agrupación femenina de las milicianas de Ulan, y la mayoría de ellas estaban aparejadas con milicianos o iban a estarlo.

Sentado en una especie de trono, estaba un hombre de aspecto avejentado, cabello crespo, hirsuto y blanco, muy recortado, con un grueso bigote de guías cortas, de color blanco también.

Observaba a los niños, con auténtico placer. Se hubiera podido pensar que le gustaban las criaturas, que se complacía con la visión de la infancia, de no haber allí una particularidad muy especial. Todos los niños eran iguales, exactamente iguales. Y si se tomaban fotografías de la niñez del emperador Ulan, se podría comprobar que

aquellos niños eran idénticos a él, exactamente iguales de tipo de cabello, piel, color de ojos. Eran una copia multiplicada de Ulan; no cabía duda de que eran hijos clónicos del emperador.

— ¡Emperador!

— ¿Sucede algo, Malaikha?

El comandante se le acercó lo suficiente como para que sólo el propio emperador pudiera oír sus palabras, mientras los niños seguían jugando, riendo o gimoteando.

— Malas noticias, emperador.

— ¿Malas noticias? ¿Acaso no han llevado el tributo a Stonehenge?

— Eso no sería muy grave; podría hacerse una batida de represalia, y los habitantes de las ruinas obedecerían.

— Entonces, ¿qué es lo que ocurre?

Ulan miró directamente a la cara del duro e inflexible comandante Malaikha, al que no se le conocían debilidades.

— Nuestra aeronave ha sido destruida.

Ante aquella noticia, el emperador Ulan parpadeó, incrédulo.

— Querrás decir que ha tenido una colisión, un accidente.

— No, emperador, quiero decir que ha sido destruida.

— ¡Imposible! ¿Cómo iban a poder destruir, los habitantes de las ruinas, una de nuestras aeronaves?

— Sólo tenemos una telegrabación; es muy poca cosa, pero suficiente para comprobar que hemos sido atacados por una aeronave de combate.

— ¿Una aeronave de combate? Imposible, no hay más aeronaves que las nuestras.

— Esta grabación, cursada por nuestra nave, y que se interrumpió de forma súbita, demuestra que sí existe otra u otras naves, que atacaron a nuestros milicianos.

— No es posible, no es posible... — repitió—. ¿Serán seres extraterrestres que tratan de invadir nuestro planeta?

— De momento, sabemos muy poco, pero parece que hablaban nuestro idioma.

— ¡Quiero un informe total sobre lo ocurrido y, si existe esa aeronave, destruidla!

— Tenía pensado enviar una escuadrilla de combate a rastrear la zona.

— Bien. Que la escuadrilla rastree la zona, y que un equipo de investigación explore meticulosamente el lugar de los hechos, buscando rastros o signos materiales que nos ayuden a comprender lo ocurrido. Aún no puedo creer que exista alguna otra nave, salvo las nuestras.

— Yo mismo dirigiré la expedición.

— Toma todas las precauciones, Malaikha, no me gustaría perderte. Eres el mejor de todos.

— Da la impresión de que esa aeronave se ha puesto del lado de los habitantes de las ruinas.

— Según nuestros científicos, es imposible que los habitantes de las ruinas hayan construido no sólo una aeronave de combate sino una simple y primitiva bicicleta. Lo que no quedó destruido por la macroguerra, terminaron de demolerlo mis milicianos.

— Sí, fundieron las estatuas y esculturas en general, que aún quedaban en pie.

— Y con los cañones láser, se borraron toda clase de murales, en los cuales pudiera verse alguna forma de vida anterior a la macroguerra. Si quieren conseguir algo, deben comenzar de nuevo. Ahora están en la era del hierro porque les es fácil encontrarlo en las vigas retorcidas, pero si tuvieran que obtenerlo a partir de los óxidos o sulfatos, seguirían en la edad de piedra. No están preparados para ser nuestros enemigos, ni ahora ni en mil años, y dentro de unas décadas, cuando mis planes estén solidificados, les exterminaremos a todos. Pero, de momento, sirven para proporcionarnos los esclavos que necesitamos. Crecen y se multiplican sin problemas, pasan frío y enfermedades, y sus cuerpos se hacen resistentes; es lo que nuestros médicos precisan. Si hay una aeronave extraña, debe ser extraterrestre, y habrás de poner en estado de alarma a toda nuestra milicia. Que los detectores trabajen al máximo; hay que localizar a los enemigos y destruirlos.

— Sus órdenes serán cumplidas, emperador.

Mientras el emperador Ulan se quedaba contemplando a sus hijos clónicos, es decir, niños que serían exactos a él, como si su imagen se multiplicara a través de un sinfín de espejos, el comandante Malaikha fue a la cámara de mando, y allí puso en marcha la alerta general.

Los milicianos corrieron a sus puestos, dejando cuanto estaban haciendo. Los esclavos fueron recluidos en los barracones, y la agrupación femenina de la milicia se hizo cargo de las instalaciones.

— Os habla el comandante Malaikha. El grupo «A» de inspección acudirá de inmediato a su nave, y las aeronaves de combate números siete, nueve, once, trece, quince y diecisiete, se prepararán para escoltarla. Yo mismo comandaré la expedición de represalia.

Siguió dando órdenes. Delegó el mando en sus ayudantes más directos, y ocupó el pequeño vehículo que le servía para viajar por los túneles perfectamente iluminados.

El comandante Malaikha puso su enseña en la nave de inspección. Las naves de caza y escolta salieron de sus bases en primer lugar, y la nave insignia las siguió. La escuadra era perfecta, en el cielo.

Volaron sobre valles y montañas, tras dejar atrás las rampas de despegue, que emergían desde los mismísimos túneles.

El valle quedaba oculto por una cubierta de cristal, de dimensiones tan enormes que la vista se perdía, al tratar de abarcarlas. Como era lógico, no era una sola pieza de cristal la que cubría todo el valle, sino millares y millares de semiesferas, que se tocaban unas con otras, y en los espacios que había entre ellas se recogía el agua de la lluvia que, una vez filtrada, se esparcía en aquella especie de invernadero gigante, que contenía un ecosistema completo.

Dejaron atrás valles y montañas, y cruzaron el océano Atlántico.

Llegaron a las Islas Británicas y descendieron sobre Inglaterra, uno de los pocos lugares privilegiados, pues, pese a la demolición de sus ciudades, la radiactividad del cobalto había hecho menos daño y, por ello, la población había podido rehacerse con más rapidez.

— Atención, atención, os habla el comandante Malaikha. Cuando lleguemos a la llanura de Salisbury, la nave insignia

descenderá. Los cazas daréis una batida por toda Inglaterra, y llegaréis después al continente. Si descubrís alguna nave extraña, disparad sobre ella. Al regreso, haced un paso rasante sobre los habitantes de las ruinas, y enviadles un barrido de fuego. Eso les asustará mucho, pero no será preciso que matéis a nadie. Sólo se trata de que sigan pensando que podemos quemarlos vivos cuando queramos, y que les conviene más obedecer.

El comandante Malaikha sabía bien el valor que tenían las vidas de los habitantes de las ruinas. Debían continuar proveyéndoles de esclavos y, especialmente, de hembras jóvenes y sanas, aptas para engendrar bebés clónicos, que se parecerían al emperador Ulan como una gota de agua a otra gota.

La nave descendió en la llanura de Salisbury, mientras las naves de caza proseguían el vuelo, ahora a baja altura, tratando de descubrir al inesperado enemigo que había osado atacarles.

Ulan no lo entendía. Sabía que no había aeronaves en el planeta Tierra ni en la Luna, tampoco en Marte ni Venus. ¿ De dónde, pues, había surgido la que había destruido la nave de los milicianos de Ulan?

Todos los milicianos iban armados. El comandante Malaikha descendió junto al monumento megalítico de Stonehenge.

Los técnicos comenzaron a revisar con rapidez toda el área, y no tardaron en encontrar algo desagradable. Tres de los técnicos se acercaron al comandante Malaikha, que miraba en derredor con el ceño fruncido, esperando ver aparecer de un momento a otro la extraña nave.

— Mire, comandante, son restos inequívocos de una de nuestras naves.

El comandante Malaikha cogió aquellos restos, no más grandes que hojas de roble.

— ¿Seguro que estas láminas pertenecen a una nave nuestra?

Los técnicos asintieron con la cabeza, y uno de ellos observó:

— Un análisis espectrográfico nos dará la absoluta confirmación, pero no nos cabe ninguna duda.

— ¿Y qué creéis que ha podido reducir a esto una de nuestras poderosas naves, capaz de transportar una docena de toneladas de carga?

Todos quedaron desconcertados; al fin, uno de ellos se atrevió a opinar:

— Tendría que ser un disparo de alto poder, un disparo desintegrador de media potencia o un cañonazo de rayos térmicos que haya acertado en el núcleo de combustible de nuestra nave, lo que la habría hecho estallar, convirtiéndola en estos pedacitos que han quedado esparcidos. Toda el área está llena de estos restos.

— ¿No se puede atribuir a un accidente fortuito, a una caída súbita de la nave, cuando trataba de aterrizar?

Todos negaron con la cabeza. Conocían muy bien las naves de la milicia de Ulan, y sabían de su resistencia ante una caída fortuita, por un descenso brusco e inesperado de energía.

— Está bien, sigan buscando. Los habitantes de las ruinas han debido de estar por aquí, y quiero datos ciertos y concretos.

Malaikha hizo trabajar a sus especialistas, mientras las naves de combate buscaban inútilmente por los cielos de Inglaterra. Pasaron luego al continente europeo, y su búsqueda también resultó baldía, pese a que trataban de detectar en tierra a una posible nave.

Regresaron a las ruinas de lo que otrora fueran inmensas megápolis, y las barrieron con chorros de fuego.

Sabían que provocarían el pánico, pero no trataban de segar la vida de ninguno de los habitantes de las ruinas, por lo menos en aquella ocasión, ya que así lo había ordenado el comandante Malaikha.

Los especialistas no tardaron en regresar. El comandante Malaikha esperaba, ansioso, los resultados.

— Estuvieron aquí, con sus caballos y sus carros.

— Bien. Entonces, ellos cumplieron con lo ordenado.

— ¡Comandante, comandante!—gritó uno de los especialistas.

Acudieron lodos junto al que llamaba, y éste señaló el suelo.

— Miren estas huellas... Sin duda alguna, son de un tren de aterrizaje de tipo vertical.

— Entonces, esa nave existe — afirmó más que preguntó Malaikha.

Se hizo un tenso silencio; luego, el comandante volvió a hablar;

— Hay que encontrarla, al precio que sea, y quiero interrogar a nuestros delegados entre los habitantes de las ruinas.

Se escuchó un fuerte rumor. Alzaron las miradas, y en el cielo vieron a sus naves de caza, que regresaban sin haber conseguido resultados positivos.

El comandante Malaikha acusó en su rostro una gran preocupación, pero sus ojos brillaron de una forma especial.

Al fin tenía un enemigo capacitado al que poder enfrentarse de verdad, porque atacar a los habitantes de las ruinas era como cazar conejos domesticados. Aquel nuevo enemigo, que había surgido sin previo aviso, ya había dado muestras patentes de que era de temer, pero, ¿qué pretendería?

CAPÍTULO VI

Desde la oquedad que se formaba bajo un gigantesco cascote de hormigón, Koilos, Gala, Draky y el propio Rod Lithos contemplaron el paso de las naves milicianas de Ulan, que chorrearon fuego, quemando arbustos y árboles, y provocando el pánico entre los habitantes de las ruinas.

El espectáculo de las aeronaves de combate, barriendo con fuego las ruinas, debía hacer recordar lo ocurrido cuando la macroguerra.

Rod Lithos tenía el ceño fruncido y los músculos del rostro, tensos.

— ¿Atacan así muchas veces?

Koilos, que se hallaba bastante repuesto de sus heridas, gracias a los medicamentos que Rod poseía en su botiquín y a los atentos cuidados de Gala, explicó:

— Yo sólo lo he visto dos veces en mi vida, pero el consejo de ancianos asegura que lo han hecho otras veces, y ha sido sangriento.

— ¿Y no se ponen nunca en contacto directo con vosotros?

Fue Draky la que explicó ahora:

— En una ocasión, el consejo de ancianos recibió a los milicianos de Ulan, pero, en realidad, ellos sólo se ponen en contacto con sus delegados.

— ¿Y cómo escogen a esos delegados?

Draky volvió a responder para que Rod Lithos pudiera conocer cómo eran controlados.

— Ellos aseguran que nos controlan, sin que podamos verles. Nos vigilan, y luego escogen a quien mejor les parece.

— ¿Cómo les escogen?

Fue Gala quien contestó esta vez:

— Cuando están solos, fuera de las ruinas. Algunos que han querido convertirse en delegados, se han alejado de las ruinas para ser escogidos, pero no lo consiguieron. Ellos son los que seleccionan.

— ¿Y cómo sabéis vosotros quién ha sido convertido en delegado?

— Les marcan en el brazo; es una marca que algunos han querido hacerse por sí mismos, y no lo han conseguido.

— Siempre hay traidores arribistas — suspiró Rod Lithos.

Koilos gruñó:

— Saben que los delegados, luego, no son elegidos para el tributo humano.

— ¿Y qué hacen esos delegados?

Draky volvió a explicar:

— Reciben órdenes de los milicianos de Ulan, y las cumplen.

— Soy partidario de expulsar de nuestro pueblo a esos malditos y repugnantes delegados — rugió Koilos.

— El consejo de ancianos se opone; les temen—advirtió Gala, que había logrado quitarse la pintura blanca de su agraciado rostro.

— Comprendo. Me gustaría charlar con esos delegados.

— No te dirán nada, Rod, nada — aseguró Koilos —. Son unos bastardos.

Salieron del refugio. Ya no se veían, por parte alguna, las naves que habían barrido con fuego parte de las ruinas.

Avanzaron por los espacios abiertos, y Lithos preguntó:

— ¿No estáis preocupados por las posibles víctimas de este

rápido fuego?

— No — denegó Koilos —. Sólo podían haber hecho daño a algún perdido o despistado; por esa zona no vive nadie.

— ¿Por qué no vive nadie ahí?

— Vivimos más agrupados hacia el sur de las ruinas, porque tenemos más calor. Además, en los días de grandes lluvias, esta zona se inunda. Es peligroso estar aquí, en días de tormenta.

Rod Lithos dedujo que el río debía haber quedado deteriorado en sus márgenes cuando la macroguerra, y ya ninguna ingeniería de canales y ríos lo había restaurado, por lo que se comprendía que se desbordara, en los días de grandes lluvias.

El recordaba los tiempos en que el río estaba debidamente canalizado y controlado, tiempos que los habitantes de las ruinas no habían conocido.

— ¿Y los milicianos de Ulan ya sabían que no estabais aquí donde han lanzado sus chorros de fuego?

Se encogieron de hombros. ¿Cómo podían saber ellos lo que pensaban los milicianos de Ulan, que utilizaban su técnica bélica para imponerse a los habitantes de las ruinas?

Pudieron comprobar que nadie había sido herido, en aquel raid de represalia.

Avanzaron por lo que antes de la gran destrucción había sido una gran avenida, y que ahora sólo era un amplio espacio, donde habían crecido árboles y arbustos, algunos de ellos quemados, todavía humeando a causa del reciente ataque de las aeronaves de Ulan, cuando Koilos se detuvo, y se llevó la mano a la herida que estaba vendada.

— ¿Qué te sucede? — le preguntó Gala, solícita.

— No me siento muy bien, creo que tengo que descansar. Llevo mucho rato andando.

— ¿Quieres que te lleve a alguna parte? — se ofreció Rod Lithos.

— No, no es necesario, descansaré. Luego, Gala me acompañará.

— Como quieras — aceptó Rod. Mirando a Draky le preguntó—: ¿Podemos seguir visitando las ruinas?

— Si tú lo deseas...

— Me gustaría ver el gran río.

— Pues, ven conmigo.

— Sí, voy contigo. — Se volvió hacia Koilos para añadir—: Cuando veas a un delegado, dile que quiero hablar con él.

— Si lo que pretendes es que te cuenten cosas sobre los milicianos de Ulan, vas a conseguir poca cosa. Ellos tampoco saben mucho. En realidad, sólo hacen de chivatos.

Rod Lithos caminó junto a Draky. Durante un largo trecho, avanzaron en silencio. En el momento en que se detuvieron, ella le preguntó:

— ¿No te molesta llevar todo el tiempo la cabeza cubierta?

El sonrió, antes de responder:

— No, pero si me lo quito, posiblemente me sienta mejor.

Se despojó del casco, y Draky lo examinó, con expresión crítica. Por el brillo de sus ojos y el pliegue de sus carnosos labios, a Rod le pareció que su aspecto había obtenido un «notable», a juicio de la bella nieta del anciano Adrián.

— ¿ Hay otros hombres como tú?

— Creo que no.

— Mejor.

— ¿Por qué?

— Porque tienes un monstruo volador y, si fuerais más, haríais lo mismo que los milicianos de Ulan.

— No, no es seguro.

— El que tiene la fuerza, siempre somete y esclaviza al débil. Nosotros, los habitantes de las ruinas, somos los débiles. Nuestras lanzas, nuestras flechas, nuestros cuchillos y nuestras hachas, no pueden nada contra los monstruos voladores que vomitan fuego,

— ¿Y ninguno de vosotros sabe hacer más que arcos, lanzas, cuchillos o hachas?

— No, no sabemos nada. Somos ignorantes, una raza «inferior.

— No lo creas. Podéis parecerlo, pero si la tecnología y la cultura se pusiera en vuestras manos, seríais tan poderosos como los milicianos de Ulan.

— Eso es imposible.

— ¿Por qué imposible?

— Son diferentes. Ellos son como semidioses, lo dice el consejo de ancianos.

— La experiencia no siempre tiene la razón, si ésta se baila limitada, ¿Qué sabéis vosotros de antes de esa macroguerra que dejó las ciudades asoladas?

— No sabemos nada; sólo que el hombre fue castigado, y la vida comenzó de nuevo.

— Pero los supervivientes, ¿dónde están?

— No sé nada. Bueno, dicen que nuestros antepasados salieron de las grutas y se quedaron ciegos y sordos, y que murieron por millares. Pero se llegaron a unir, y sus descendientes ya no fueron ciegos ni sordos, aunque nacieron muchos débiles y murieron ya de niños. Muy pocos llegaron a mayores para unirse y tener hijos.

— Comprendo. Los supervivientes quedaron muy afectados y debilitados, pero sus descendientes fueron mejorando más y más a cada generación; lástima que quedaran huérfanos de toda cultura. Sin embargo, es extraño...

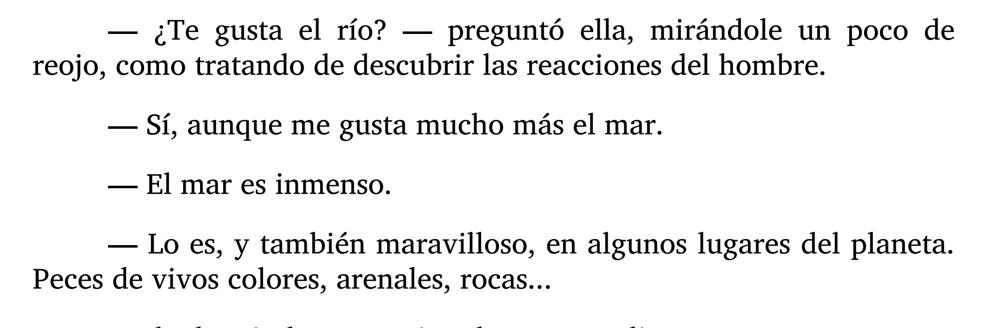
—¿Por qué?

— Porque siempre podía quedar indemne alguna biblioteca o hemeroteca.

— No sé de qué me estás hablando.

Rod Lithos se dijo que era muy posible que ni Draky ni ninguno de los habitantes de las ruinas hubiera visto jamás un libro, un periódico, un receptor de radio y muchísimo menos, una pantalla de T.T.V.

Llegaron junto al río, después de atravesar una zona donde apenas había ruinas. Rod supuso que aquello, lleno de boscaje, debió ser un parque urbano. Tuvo que admitir que las aguas bajaban limpísimas y con un buen caudal.



— ¿Te gusta el río? — preguntó ella, mirándole un poco de reojo, como tratando de descubrir las reacciones del hombre.

— Sí, aunque me gusta mucho más el mar.

— El mar es inmenso.

— Lo es, y también maravilloso, en algunos lugares del planeta. Peces de vivos colores, arenales, rocas...

Draky le miraba como si no le comprendiera.

— ¿Tú has vivido con los peces?

— He nadado junto a ellos. — Sonrió, y alargó el brazo para coger a Draky por el hombro, atrayéndola hacia sí amistosamente.

— Eres un ser parecido a nosotros, pero muy distinto.

— No lo creas, sólo que os han privado de muchas cosas que os pertenecen por herencia. En este caso, la herencia se la han agenciado unos pocos, que esclavizan al resto, porque tengo la impresión de que los milicianos de Ulan son terrícolas como nosotros.

— Hablas la misma lengua, pero dices cosas que no se entienden. Has llegado por el cielo, dices que estabas durmiendo bajo los hielos eternos, y has sido capaz de destruir un monstruo volador de los milicianos de Ulan. Eres como, como... — dudó — un enviado de los dioses para ayudar a nuestro pueblo.

— No soy un enviado de ningún dios; sólo soy un hombre llegado del pasado. Yo nací antes de la macroguerra.

— No es posible. La macroguerra ocurrió hace tanto tiempo que no llegaron a conocerla ni los bisabuelos de nuestros bisabuelos.

— Va a ser difícil que algún día comprendáis lo que os quiero contar, la verdad de por qué estoy aquí.

— Y en ese tiempo que tú dices vivías, ¿ había mujeres?

— Claro que las había.

— ¿Y tú tenías pareja?

— Yo conocía varias mujeres, pero vivía solo.

— ¿Por qué?

— Todavía no conozco vuestras costumbres, no sé cómo os

aparejáis vosotros.

— ¿Y qué importancia tiene lo que hagamos nosotros para ti?

— Según lo que hagáis vosotros ahora, me será más o menos fácil explicar lo que yo hacía, antes de dormir este largo sueño bajo los hielos.

— Ninguna chica puede aparejarse hasta después de los diecisiete años.

— ¿Por qué?

— Porque puede ser incluida en la elección para el tributo humano.

— ¿Tú tienes diecisiete años?

— Dieciocho.

— Entonces, no fuiste elegida.

— No. Cada año, entre las que cumplen diecisiete años, se hace un sorteo.

— ¿Quién hace ese sorteo?

— El consejo de ancianos, pero siempre existe la posibilidad de que los milicianos exijan que tal o cual hombre o mujer, que no haya sido elegido por sorteo, sea incluido en el tributo.

— ¿Sin oposición por vuestra parte?

— No podemos oponernos a los milicianos de Ulan.

— ¿Y si a ti te ordenaran que te fueras con ellos, te irías?

— Lloraría mi amargura, pero no podría oponerme; ésa es nuestra ley. — Hizo una brevísima pausa y agregó—: Hasta que has llegado tú.

— Koilos se opuso valientemente.

— Y por eso le condenaron a muerte. De no haber intervenido tú, le habrían ejecutado en el aspa. La verdad es que el consejo de ancianos no le va a perdonar nunca, pero te temen a ti; se han dado cuenta de que tú tienes tanta fuerza como los milicianos de Ulan.

— De modo que el miedo que les inspiro es lo que les impide correr a ponerse de rodillas ante los milicianos de Ulan...

— Me temo que sí. El consejo de ancianos ha vivido siempre considerando a los milicianos de Ulan como semidioses, y ya no van a cambiar. No te agradecerán lo que has hecho por nosotros.

— ¿Ni siquiera pensando que he impedido la entrega del tributo humano?

— No, ni siquiera pensando eso.

— Si los viejos no quieren comprender, hablaré con los jóvenes. — Hizo una pequeña pausa, y reanudó el hilo de su pregunta inicial—: Y luego, cuándo tenéis posibilidad de ser elegidas, ¿cómo os aparejáis?

— Chicos y chicas nos gustamos y nos aparejamos.

— ¿Y las parejas os sois fieles?

— Sí; siempre y cuando un hombre o una mujer muere, su pareja ya no puede volver a aparejarse.

Rod Lithos suspiró.

— En el pueblo que yo vivía, el aparejamiento era más libre.

— ¿No erais fieles?

— Bueno, no digo tanto. Había quienes querían serlo, pero, si no lo deseaban, las parejas se separaban y quedaban libres para buscar a otro o a otras.

— ¿Tú te separaste de tu pareja?

— Digamos que yo conocía a varias chicas hermosas, no tanto como tú, pero hermosas; sin embargo, no prometí ser fiel a ninguna.

— ¿ Por qué?

— Es difícil de explicar. ¿Qué te parecería volar?

— ¿Como cuando nos trajiste a las ruinas, desde Stonehenge?

— Sí, algo así, pero más lejos. Verías hielos y mares, el día y la noche.

Ella le miraba con ojos muy abiertos, como si estuviera escuchando fantasías incomprensibles.

— ¿Te burlas de mí porque no sé todo lo que tú sabes? Sólo soy una pobre habitante de las ruinas.

Y sus grandes ojos comenzaron a dejar escapar gruesas lágrimas, que sorprendieron a Rod Lithos.

— ¿Por qué lloras?

— Tú eres un enviado de los dioses, aunque no lo digas, y yo soy una pobre hija de las ruinas. Podrás burlarte de mí siempre que quieras.

— No me burlaba, Draky, y te lo demostraré. Yo puedo enseñarte a vivir el día y la noche en poco tiempo. No lo comprenderás con mis palabras, pero lo vivirás; ven conmigo.

Draky se dejó llevar, como incapaz de obedecer, pero no sabía hacia dónde iba; era como si hubiera quedado prendida de la mano de un mago, de un brujo o de un hijo de los dioses, como murmuraban muchos en el pueblo de los habitantes de las ruinas.

CAPÍTULO VII

La «Siglo 21» aguardaba escondida dentro del amplísimo túnel subterráneo donde, antes de la macroguerra, había una línea de monocarriles.

Rod Lithos la había buscado, tras consultar a la memoria de un computador, que podía conectar con el que tenía en la cordillera del Himalaya, y había conseguido descubrir el túnel. Dentro, había guardado su nave, sin que nadie lo supiera. Habiendo delegados de los milicianos de Ulan entre los habitantes de las ruinas, no podía fiarse de ellos.

— Mira, ahí está esperando el gran pájaro volador.

— Me da miedo — musitó Draky.

— No le temas, es muy obediente.

— La otra noche era distinto; subía también mi abuelo, Gala y Koilos...

— ¿Es que tienes miedo de venir sola conmigo?

Se lo quedó mirando, y al final, sonrió.

— Vamos.

Rod Lithos deseó besar los hermosos ojos de Draky, mas no lo hizo porque pensó que sería como abusar de su situación de privilegio.

Subieron a la nave, y acomodó a la muchacha cerca de él, deslizando una butaca por unas guías que ya estaban preparadas en la

propia cabina de la nave.

— Te voy a sujetar porque vamos a volar bien.

Draky dejó que él le ciñera el cuerpo con los atalajes.

El hizo lo mismo con su propio cuerpo, y después puso en marcha la «Siglo 21».

— Ahora, prepárate a ver el mundo en el que vives; no sólo las ruinas en las que has nacido, sino más, mucho más. Abre bien tus ojitos porque vas a darte cuenta de que el mundo no es lo que creemos, si no nos movemos de un solo lugar.

La aeronave salió del túnel, despacio. Rod Lithos ya había observado que parte de los techos estaban agrietados.

Volaron a baja altura hasta situarse sobre el río, lo que gustó y emocionó a Draky que, efectivamente, tenía los ojos muy abiertos, ya que la vez anterior que había volado en la «Siglo 21» había sido en la noche y, a pesar del plenilunio, poco había podido ver.

La «Siglo 21» llegó al estuario y remontó el vuelo, aunque no tomó demasiada altura.

— Eso que ves es el Canal de la Mancha.

Draky miraba, asombrada, a un lado y a otro, mientras la nave se introducía en el área de París.

Rod conectó la telecámara, y pidió a la muchacha:

— Mira la pantalla y verás lo que queda de lo que fue un monumento de hierro. Está partido, pero ahí quedan todavía sus restos; era la torre Eiffel.

Draky pudo ver los restos de la fabulosa obra de ingeniería que también había sucumbido, víctima de la macroguerra. Atravesaron lo que había sido Francia y, por la Costa Azul, llegaron de nuevo al mar.

— Este mar se llama Mediterráneo.

— ¿Medi… qué?

— Mediterráneo, «en medio de la Tierra»; en él está la cuna de la cultura.

Rod sonrió al observar que, por falta de enseñanza, la muchacha, en muchas ocasiones, no entendía sus palabras, pese a que

él trataba de hablarle con la mayor claridad posible.

Cruzaron la península Itálica, y siguieron volando hacia el este.

— Ahora nos introduciremos en la noche.

— ¿La noche? Todavía no puede ser de noche, estamos al mediodía.

— Mira la línea oscura del horizonte; fíjate en ella porque es la noche, y vamos a entrar en ella.

Con gran asombro por parte de Draky, se sumergieron en la noche. Rod Lithos siguió adelante, en busca de la cordillera del Himalaya. Pasaron sobre vastas extensiones de tierra, iluminadas por la gran luna, que había menguado en su plenilunio, pero seguía mostrándose redonda y muy hermosa.

— ¿Qué es todo eso blanco?

— Las cumbres eternamente heladas de las montañas más altas de la Tierra.

Guiándose por el computador, se internaron entre.los altos picachos del Himalaya hasta encontrar el agujero del que Rod Lithos había salido.

La aeronave descendió en vertical. Draky miraba la blancura que les rodeaba, y luego se introdujeron en las entrañas de la tierra.

Penetraron por la larga galería hasta llegar al hangar donde la nave podía dar la vuelta para colocar de nuevo su proa hacia la salida.

— ¿Dónde estamos?

— Este es el lugar donde yo he dormido durante doscientos años.

Draky se sentía emocionada. Rod Lithos abrió la portezuela, y descendieron.

— Sígueme.

La joven le siguió, sin recelos. Contempló, con ojos asombrados, las instalaciones que Rod iluminó, poniendo en marcha la energía que tenía a su disposición, gracias a la pila nuclear que abastecía las instalaciones.

— ¿No tienes hambre?

— Pues... — vaciló ella.

— Ven conmigo, te invito a comer alimentos que fueron preparados hace muchísimo tiempo.

— Se habrán estropeado.

— No, están perfectos. Antes de que me durmiera aquí, la tecnología de que disponíamos era muy avanzada; lástima que se empleara para la macroguerra, arrasando el planeta. Y por lo visto, hubieron dos clases de supervivientes, los que se quedaron con parte de la tecnología y los que se quedaron sin nada, como vosotros, los habitantes de las ruinas, y que ahora os veis sometidos.

Draky estaba maravillada ante las luces, las instalaciones y la gran pantalla de T.T.V., que se iluminó, llenándose de color.

— Mientras cenamos, podrás ver a gentes de mi tiempo...

— ¡Sí, sí, hay más como tú!

— No, no son como yo; ellos hace siglos que murieron.

— Pero, están ahí...

— No, no están ahí — objetó Rod, pues ante la perfección de las imágenes tridimensionales y a color, Draky creía que los tenía delante.

— ¿Sigues burlándote de mí?

— Cógelos.

Draky se acercó a la pantalla, y comenzó a palparla. Rod Lithos se rió, y luego dijo:

— Mira, te voy a cambiar a la gente.

Manipuló en unos botones, y cambiaron las imágenes. De pronto, apareció un gato que, enfocado de cerca por la cámara que lo había filmado, a Draky le pareció una bestia gigantesca, y retrocedió, asustada.

— No temas, nada puede hacerte. Anda, ven conmigo. Todo lo que veas en esa pantalla ya no existe; son filmaciones de videotape en color y en tres dimensiones, que más adelante mostraré a tu pueblo para que sepan cómo éramos antes de la macroguerra, y también cómo eran las ciudades que ahora están destruidas, los vehículos, las naves, cómo vestían las mujeres.

Draky se sentía fascinada, olvidándose de la comida, que apareció en la mesa en forma automática.

— ¿De verdad no están ahí, tras la ventana? — insistió.

— No, ya no existen.

— ¿Son fantasmas?

— No, sólo están filmados. Bueno, es muy difícil que lo comprendas. Mira, te voy a mostrar algo que te sorprenderá.

Volvió a manipular en los botones, y apareció él mismo, con uniforme.

— ¡Rod, Rod, eres tú!

— Sí, soy yo.

— ¿No decías que todos estaban ya muertos?

— Sí, todos, menos yo.

— Esto, esto es cosa de dioses o de brujos... — balbució.

— No, yo soy real, y puedo tocarte. — Le acarició la mejilla—. El que está en pantalla siempre hará las mismas cosas, y repetirá idénticas palabras. Fíjate, ahora volverás a ver lo mismo que ya has visto...

Retrocedió las imágenes.

— Rod, Rod, estoy confundida; no sé si gritar, reír o llorar. No entiendo nada, nada.

— Quizás ha debido de ser más paulatina mi forma de darte los recuerdos del pasado. — Y desconectó la pantalla.

Draky semejó tranquilizarse y, como anonadada, cenó, admitiendo al final que los alimentos estaban buenos. Luego, pidió:

— ¿Puedo, puedo ver un poco más la ventana?

— Si te refieres a la T.T.V., claro que sí. Mira, te pondré un show de bailarinas. Al ordenador le dieron una memoria en videotape, muy completa.

Draky, que había regularizado ya su estado emocional, ante tantas sorpresas, se quedó boquiabierta al ver a las bellas danzarinas, moviéndose con largos vestidos de noche que, sin embargo,

descubrían sus piernas casi en su totalidad.

— ¿Estas eran tus mujeres, Rod?

— Eran mujeres que bailaban para que todos nos divirtiéramos durante un rato, chicas bonitas y que sabían moverse.

— ¿Y todas las mujeres eran tan bonitas?

— No, pero para ser bailarinas, debían de serlo.

— ¿Y yo habría podido ser bailarina, de haber vivido con ellas?

— Por lo bonita, claro que sí, aunque no sé cómo bailarías.

— Yo sé bailar, bailo con las fogatas.

— ¿Sí? Pues te pondré música y una fogata.

— ¿Una fogata, aquí?

— Espera.

Rod consultó con el ordenador, y en pantalla apareció la llama eterna, que ya había dejado de serlo, y que antaño había permanecido encendida en el cementerio nacional de Arlington, en Virginia. Agrandó la imagen, centrando la llama, que destacaba sobre la oscuridad de la noche en que fuera filmada, y puso de fondo una danza rítmica, tocada con tambores y bongos.

Draky se levantó y, acercándose a la pantalla como si se aproximara al fuego, comenzó a moverse. Era una danza sin escuela, todo expresión y sentimiento.

Rod Lithos tuvo intención, en principio, de preguntar si la danza tenía algún significado, y no tardó en darse cuenta de que simbolizaba la búsqueda del amor.

Le emocionó la danza de la mujer, una danza pura, sin sofisticación, una danza a la que la muchacha se entregaba en cuerpo y alma, sin concesiones.

Cuando hubo terminado, Rod cambió la música, siempre manipulando en los telemandos del ordenador, y puso una melodía suave, sin quitar de la pantalla la llama del cementerio de Arlington.

— Draky, si no fuera, si no fuera...

— ¿Por qué, por qué?

Se acercó a ella, y la rodeó por la cintura, la atrajo hacia sí y ella alzó su rostro, con los labios entreabiertos y húmedos, ansiosos. Rod Lithos posó en ellos caricias que estremecieron a la muchacha.

— Draky, Draky, defiéndete de mí.

— No, no quiero. Ámame, ámame, eres mi dios.

— No soy tu dios, sólo soy un hombre que tiene más medios tecnológicos y más cultura que tú, pero sólo un hombre.

Rod no quiso ni pudo , razonar más. Ella le amaba, y él también a ella, aún no sabía si de forma esporádica o para siempre. . Había llegado del pasado, y era lógico que, si encontraba una compañera, la hiciera suya, amándola con intensidad.

La ropa de ambos cayó al suelo, la música siguió de fondo, y la llama, ondulando en la pantalla, mientras el calor de un amor intenso los abrasaba a los dos, haciendo que se fundieran el uno en el otro.

CAPÍTULO VIII

Draky semejaba tener el color de sus mejillas más sonrosado, más lleno de vida. Sus ojos despedían un brillo de felicidad.

Se sentía una mujer distinta, una mujer con futuro, una mujer que se había sumergido en un mundo maravilloso y lleno de fantasías, que ni siquiera había llegado a imaginar antes. Era un mundo nuevo, el que se abría ante ella.

La «Siglo 21», conducida con profesional meticulosidad, salió por el túnel subterráneo que se adentraba en las entrañas del Himalaya, sin rozar las paredes con el fuselaje de la nave.

En la cordillera del Himalaya, era alta madrugada. La nieve seguía cubriéndolo todo; blanco hacia los cuatro puntos cardinales, blanco hasta todos los puntos de la rosa de los vientos.

La «Siglo 21» se elevó y navegó sin remontarse por encima de las más elevadas crestas. Su potentísimo foco de proa estaba encendido, y el haz de luz, cuando golpeaba contra las nieves y hielos eternos, centelleaba, reverberando la luz en todas direcciones.

Draky contemplaba, fascinada, aquel espectáculo grandioso y nuevo para ella. Rod Lithos la contemplaba como si la muchacha estuviera metida en las atracciones de un parque de diversiones, al que hubiera acudido por primera vez. Todo eran maravillas para los ojos llenos de chispitas.

— Mira, ya volamos hacia el día.

— ¿Hacia el día?

— Sí. Fíjate hacia delante, y pronto verás salir el sol, y más aprisa de lo que supones.

Siempre navegando hacia el este, divisaron la línea gris claro de la amanecida, y el sol anaranjado saliendo con una rapidez a la que Draky no estaba acostumbrada. Atravesaron el cielo de Camboya y Vietnam, y Rod se preguntó si en aquel área de la Tierra habría aún vida civilizada.

Pudo observar grandes extensiones de bosques. Las ciudades estaban igualmente arrasadas, pero la flora había resurgido, no sabía si por repoblación de la mano y la inteligencia del hombre civilizado, pues bastaba arrojar desde el aire toneladas y toneladas de semillas para conseguir que la vegetación surgiera y se reprodujera por sí misma.

Con las últimas técnicas que Rod había conocido antes de iniciar su sueño de criogenización, sabía que los árboles que en forma natural tardaban sesenta años en hacerse grandes y soberbios, se podían conseguir en un tiempo mínimo, entre cuatro y seis años.

A Draky no podía preguntarle nada, pues la joven ignoraba todo lo que podía suceder en aquellas áreas tan alejadas de las Islas Británicas, donde nacían, vivían, se reproducían y morían.

Llegaron de nuevo al océano, y la proa de la «Siglo 21» enfiló hacia la América del Sur.

— ¡Qué grande es todo! —exclamó la joven, con gran ingenuidad y sinceridad, admirada ante tantas selvas, desiertos, montañas y océanos que habían pasado con rapidez ante sus ojos.

— El planeta es muchísimo más grande. La verdad es que cuando yo volaba por estos cielos o camino de la Luna, antes de dormir doscientos años, llegué a pensar que el planeta era demasiado pequeño; claro que entonces vivíamos en él miles de millones de seres. Ahora que ya somos tan pocos, el planeta tiene posibilidades inmensas, lo que hace falta es organizamos.

— En mi pueblo no le entenderán.

— Sí me entenderán cuando les demuestre cómo hay que sembrar, cómo hay que industrializar los bienes de consumo necesarios. Tengo la cultura almacenada en un ordenador y, si los milicianos de Ulan no lo impiden, tu pueblo la absorberá gradualmente. Es posible que los adultos sólo comprendan una parte muy básica de esa cultura, pero sí consiguiéramos hacer una selección

de los superdotados intelectualmente, les prepararía en cursillos acelerados, y ellos transmitirían a su vez la cultura a los niños, que serían los que luego podrían desarrollar toda esta cultura. La educación, la enseñanza, es la base, el poder del futuro.

— No te entiendo, pero creo que lo que dices es bueno para todos nosotros.

— No lo dudes, sólo que no estoy muy seguro de que todo esto se pueda llevar a cabo porque esos llamados milicianos de Ulan tratarán de impedirlo. Lo que me gustaría es saber dónde se ocultan, y quiénes son, en realidad.

— El consejo de ancianos estima que son hijos de los dioses.

— Eso es una estupidez, aunque, a lo largo de todas las civilizaciones, a los que han poseído algunos medios culturales o tecnológicos desconocidos, se les ha considerado seres superiores, como dioses o semidioses, y lo único que han sido es más avanzados en la tecnología, en la ciencia. Los indios americanos se quedaron maravillados a la vista de espejitos y cuentas de colores; los occidentales, ante la pólvora china y los egipcios, ante el hierro de las espadas de los hititas. Siempre ha sido igual.

De pronto, una luz roja comenzó a centellear en el panel de controles de la nave.

Draky seguía sin entender todo cuanto contaba Rod Lithos, el hombre surgido del suelo bajo los hielos, pero intuía que él deseaba ayudar a su pueblo, que trataba de impedir que siguieran siendo esclavos de los milicianos de Ulan, y que deseaba que consiguieran aquellas maravillas de que disponía a voluntad el propio Rod, como hacer aparecer y desaparecer seres que no existían, tomar alimentos desconocidos, volar por los cielos, hablar con la potencia del trueno sin romper su garganta o sus pulmones, y tantas y tantas cosas que asombraban, desconcertaban y anonadaban a la muchacha.

— Ya los tenemos ahí.

— ¿El qué?

Después de mirar el centelleo de la luz, Rod observó la pantalla del radar, y se fijó en los puntos luminosos.

— Los milicianos de Ulan, son dos naves. Prepárate porque vamos a tener problemas; posiblemente, es que nos acercamos a su base. Ellos también han debido de detectarnos porque vienen a

nuestro encuentro.

El enfrentamiento iba a producirse sobre los picachos de los Andes, a los que estaban llegando.

No tardaron en aparecer las dos naves. Ya a distancia, le dispararon, pero Rod Lithos lanzó por delante de él nubes de partículas metálicas, que absorbieron los rayos y los esparcieron en todas direcciones, quitándoles su fuerza destructiva, mientras Rod cambiaba la dirección y descendía a gran velocidad, como si acabara de ser tocado.

Draky sintió un fuerte vahído dentro de su cuerpo, mientras se veía precipitada en el abismo de las gigantescas montañas que sobrecogían el ánimo, mas la «Siglo 21» no llegó al fondo, sino que se adentró en el valle y rodeó uno de los picachos, mientras las naves milicianas iniciaban la persecución.

No parecían poseer la habilidad en el vuelo de Rod, porque una de ellas rozó contra un saliente rocoso y estalló, en medio de una gran bola de fuego, mientras la otra rodeaba el pico, siguiendo la persecución.

Rod Lithos, que se sabía frente a una nave de caza, no tenía opción, era luchar o sucumbir. Disparó sus rayos, sorprendiendo al atacante, que estalló en el aire, cayendo al fondo del profundo valle andino, convertido en una bola de fuego, ante el asombro de, Draky que, con ojos muy abiertos, contemplaba aquel combate aéreo, en el que podía haber sido víctima.

De forma controlada, Rod Lithos navegó por el valle, descendiendo hasta llegar a un lugar que le pareció apropiado y muy difícil de descubrir, desde el aire.

Al fin, la «Siglo 21» quedó quieta, y Rod Lithos suspiró.

— Hemos escapado, por esta vez. Los milicianos de Ulan poseen naves de combates similares a la mía en potencial bélico. Por lo visto, no siguieron desarrollando la técnica bélica después de la macroguerra, pues juzgaron que era inútil hacerlo, ya que carecían de enemigos. Les ha bastado con la técnica y las naves que ya tenían, y ha sido una suerte para mí que fuera así, porque, de ser sus naves superiores, me habrían vencido; claro que si nos atacan varios a la vez, no tendremos posibilidad de escape.

— ¿Qué ocurrirá ahora?

— Si nos han detectado una vez, pueden volver a hacerlo; es más, creo que nos buscarán. Con la nave colocada bajo las copas de estos árboles, escaparemos a ser vistos si aparecen en el cielo. Hay que hacerles creer que hemos seguido nuestra ruta y, cuando llegue la noche, saldremos. Es seguro que nos detectarán, pero les costará mucho más; tengo un plan a seguir.

Tal como Rod Lithos intuía, no había pasado una hora cuando por el cielo andino cruzó una escuadrilla de aeronaves de caza. Les estaban buscando, a la par que trataban de encontrar a sus compañeros desaparecidos.

— ¿Crees que ellos viven por aquí?

— Sí, creo que sí; su base no debe estar lejos. Tienen el espacio aéreo muy bien cubierto.

Las naves de Ulan desaparecieron. Un rato después, volvieron a pasar, aunque no por la vertical donde se hallaban ocultos. Obviamente, estaban rastreando montañas, valles y gargantas. Pasó el tiempo; Rod Lithos llevaba alimentos, comieron, y llegó la tarde.

— Salgamos a estirar las piernas.

A Draky no le pareció mal, aunque, evidentemente, estaba dispuesta a hacer todo lo que Rod Lithos le pidiera, ya que su admiración hacia aquel hombre era ilimitada.

— Mira este riachuelo; aquí se remansan las aguas, unas aguas completamente limpias.

— Sí, están muy transparentes.

— Es gracias a que hay poco barro por aquí, a que el fondo es pedregoso y que el agua discurre rápida; de lo contrario se habrían formado gran cantidad de algas. Voy a darme un chapuzón.

El hombre se desnudó junto a la orilla, con naturalidad, sin buscar ocultarse en parte alguna.

Draky ya conocía su cuerpo, y él, el de ella, aunque no en momentos de frialdad, sino de pasión intensa.

Draky le vio nadar con fuerza. Ella también se desnudó y se lanzó al agua, demostrándole a Rod que también sabía nadar.

— ¡Qué fría! —exclamó la joven, entre risas.

Nadaron con vigor, ambos se persiguieron, jugaron y salieron del agua.

El calor lo hallaron en sus propios cuerpos, al frotarse el uno contra el otro. Riendo, se juntaron sensualmente, y no cesaron de hacerlo porque se excitaban, se amaban y deseaban volverse a unir, como lo habían hecho en el refugio de criogenización. Y aquel valle profundo de los Andes supo del amor de una pareja que había sobrevivido a la macroguerra.

Cuando la oscuridad se hizo total en el valle, pues la luna no llegaba a asomarse a él, Rod Lithos se despertó.

Dentro de la nave había una atmósfera suficientemente caliente como para dormir desnudos y no pasar frío; en cambio, en el exterior, la temperatura había descendido a los tres grados Celsius.

Se vistió, sin despertar a Draky.

Se situó en la butaca de pilotaje y sacó a la nave de debajo de los árboles que la habían mantenido oculta. Silenciosamente, comenzó a elevarse en vertical, con todas las luces apagadas; sólo llevaba encendidos los controles.

La «Siglo 21» se elevó por encima de los picachos de los Andes, y su potente motor nuclear le permitió remontarse hasta los ciento cincuenta mil pies. Existía la posibilidad de ser detectado, pero también confundido por un objeto en el espacio, quizás uno de los satélites artificiales que debían haber quedado inservibles, orbitando el planeta. De todos modos, había que arriesgarse, y no dudó en hacerlo.

Desde la altitud en que se hallaba, pudo observar una vastísima extensión del extremo norte de América del Sur. No cabía buscar en las sombras de la noche que invadía aquel área del planeta ciudades iluminadas, pero sí encontró una zona iluminada que llamó su atención de inmediato. Manipuló en sus mandos, envió los datos al ordenador y la respuesta fue…

«VILCABAMBA».

Rod Lithos recordó que aquel valle ecuatoriano se había hecho famoso en los siglos veinte y veintiuno, por el gran tanto por ciento de ancianos de elevadísima edad que sobrevivían en él. Recordó que allí, a trescientas treinta millas de Quito, en dirección sudeste, se habían llegado a montar áreas de salud para gente rica.

Ya tenía la situación de la base de los milicianos de Ulan.

La potente telecámara le acercó lo que había en el valle, y que despedía la luz que le había delatado. Aquél había sido un fallo de aquellos seres que, por lo visto, estaban acostumbrados a dominar el cielo y a no tener enemigos por el aire, lo que les había hecho relajar precauciones que no habían juzgado indispensables, y su tecnología se había quedado fosilizada en el siglo veintiuno, lo que era una suerte para Rod Lithos.

Quedó perplejo, pues todo el valle de Vilcabamba se hallaba cubierto por millares de esferas de cristal; era como si se hubieran aislado totalmente del mundo exterior.

— ¿Dónde estamos?

Rod volvió la cabeza, y vio a Draky junto a él; tenía cara de sueño. Alargó su mano y acarició aquellos pechos jóvenes y abultados, que se inclinaban, generosos hacia él.

Draky sonrió, satisfecha; le gustó la caricia, y se movió sensualmente para que se prolongara.

— Fíjate en la pantalla o en la ventana, como tú dices.

— ¿Qué es eso?

— Debajo de esas esferas luminosas viven los milicianos de Ulan.

— ¿Están en la ventana?

— Mira ahora ahí abajo — señaló el cristal—. ¿Ves aquel resplandor?

— Sí, ¿qué es?

— Lo mismo que estás viendo en la pantalla, pero aquí, más ampliado.

— No entiendo, debo ser muy tonta.

— No, no eres tonta; es que no tenías noción de nada, y demasiada técnica, así de golpe, es difícil de digerir. Lo que importa ahora es que ya sé dónde se esconden los milicianos de Ulan.

— ¿Qué piensas hacer?

— Podría atacarles desde el aire, pero pienso que habrá gente

inocente allá abajo; no puedo dispararles. Se me ha ocurrido otro plan. — Le señaló la butaca—. Siéntate, nos vamos.

La «Siglo 21» se desplazó en horizontal hacia el este, alejándose hacia el océano Atlántico. Desarrolló una fabulosa velocidad y llegó a Europa. Por el Cantábrico descendió para entrar muy bajo por el sur de Inglaterra, por si algunas naves de Ulan le estaban esperando, y se fue hacia las grandes ruinas, escondiendo su nave de nuevo en el túnel que conducía a la gran estación de los monocarriles.

— Hemos llegado a tu pueblo, Draky.

Hubo desencanto en la mirada de la mujer; a ella no le hubiera importado no regresar jamás a las ruinas, si Rod Lithos se la llevaba consigo.

— ¿Qué quieres hacer ahora?

— He de hablar con los tuyos, especialmente con el consejo de ancianos, y tú me ayudarás.

— Sí, Rod, haré lo que tú me pidas.

Echaron a andar, saliendo del túnel, cogidos de la mano.

CAPÍTULO IX

El anciano Adrián tenía el gesto duro. Los años no habían dulcificado su rostro o, por lo menos, en aquellos instantes, lo agradable, lo comprensivo, no quedaba reflejado en las líneas de su cara.

Junto a él se hallaban los restantes miembros del consejo de ancianos y, frente a ellos, en la gran explanada, millares de ojos esperaban. Los niños no estaban presentes, cuando ellos quizá serían los protagonistas del futuro que se iba a dilucidar.

Koilos, repuesto ya, gritó:

— ¡Hermanos, hermanas, un hombre que ha estado durmiendo durante doscientos años bajo los hielos y las nieves eternas ha llegado para librarnos de la esclavitud! ¡Los que no le habéis visto aún, ya habéis oído hablar de él! ¡Es Rod Lithos!

El consejo de ancianos, lo mismo que Koilos y el propio Rod Lithos, que se acercaba caminando junto a Draky, se hallaban en un plano superior, que dominaba la gran explanada de las reuniones.

A derecha e izquierda, grandes fogatas les iluminaban, con el telón oscuro de la noche como fondo, dando grandiosidad a aquel momento.

Rod se detuvo, pero antes de que pudiera hablar él, lo hizo Adrián:

— Os prevengo que Rod Lithos, aunque sea amigo nuestro, es un solo hombre y posee un solo monstruo Volador. En cambio, los

milicianos de Ulan tienen muchos y, si nos rebelamos contra ellos, seremos castigados con sangre.

— ¡Ya es ser castigados con sangre tener que entregar cada seis plenilunios a cien de vuestros mejores jóvenes! — gritó Rod Lithos, dándose cuenta de que debía gritar para hacerse oír por toda aquella multitud que tenía delante.

— Dice que es hermano nuestro, pero el consejo de ancianos no lo acepta como tal; es un brujo.

— ¡No es un brujo, abuelo, no lo es! —gritó Draky—. ¡Yo le he visto derribar a dos monstruos voladores de los milicianos de Ulan, y he visto cosas maravillosas,, que son reales! He visto dónde ha estado dormido bajo los hielos, tantos y tantos años. Dice que es hermano nuestro, y que nos enseñará a ser como él. Ya no seremos esclavos de nadie, aprenderemos cosas que nos permitirán vivir mucho mejor, y viviremos con la cabeza alta. No nos faltará comida, ni seremos azotados por el frío. He visto mares y tierras, he volado en su monstruo volador, y he estado entre las estrellas. He contemplado un mundo grandioso; el mundo no son sólo estas ruinas; hay bosques, selvas, ríos, océanos. Hay de todo y para todos.

— ¡ Basta, Draky!

—¡ El consejo de ancianos dice que sigamos siendo esclavos, y que le demos la espalda a Rod Lithos, el hombre que ha venido de los hielos!—gritó Koilos—. ¡Pero yo os pregunto si no es hora ya de rebelarnos! ¡Ahora tenemos una oportunidad! ¡Rod Lithos les ha vencido!

El anciano, colérico, chilló:

— ¡La próxima vez puede ser él, el vencido! ¿Y qué ocurrirá entonces?

Pausado, pero con un tono de voz fuerte para poder ser oído por todos los habitantes de las ruinas que habían acudido a la explanada, templando las palabras, como pasándolas por las llamas de aquellas fogatas que le iluminaban en medio de la noche, Rod Lithos dijo:

— Si soy vencido, yo moriré, es cierto, y vosotros seguiréis pagando vuestro tributo humano, de modo que seguiréis igual que como estáis ahora.

— ¡Peor!—gritó el anciano Adrián, decidido a no perder su autoridad, que ya estaba quedando en entredicho, después de que el

consejo de ancianos determinara que no debían hacer caso de Rod Lithos.

— No os voy a pedir mucho; sólo cien hombres, los cien jóvenes mejor dotados, que puedan luchar y aprender antes unas cuantas cosas que yo mismo les enseñaré. Si hay voluntarios para formar ese grupo que luchará a vida y a muerte junto a mí, que levanten su mano, pero bien alto, que los ancianos las puedan ver.

— ¡Yo el primero! —exclamó Koilos.

De inmediato se alzaron un numeroso grupo de manos, tantas que el consejo de ancianos comprendió que iba a ser muy difícil imponer su voluntad sobre todos aquellos hombres que, además, ansiaban luchar.

— ¡El extranjero ha calentado vuestras mentes, haciéndoos concebir victorias imposibles, futuros que no llegarán jamás! Si lo que deseáis es morir, id, id con él, pero recordad que luego el fuego caerá sobre los ancianos, sobre las mujeres y los niños.

— No estoy de acuerdo — replicó Rod Lithos—. Ellos no matarán a quienes pueden ser útiles para la esclavitud, ni a quienes pueden procrear nuevos esclavos. Quizá a los ancianos sí los maten, es posible que sí. ¿Es eso lo que teme usted?

— ¡Te maldigo, extraño, por embaucar a mi pueblo!

Dicho esto, arrojó a los pies de Rod Lithos el bastón en el que se apoyaba, y que le daba sensación de mando. Luego, escupió y le dio la espalda.

— Algún día comprenderá que lo hago por terminar con esta esclavitud. Quiero que este pueblo sea libre y pueda desarrollarse, que los mejores jóvenes no sean llevados para no regresar jamás.

Se volvió hacia los que tenía delante; sin embargo, sabía que no todos estaban de acuerdo con él.

Los ancianos tenían una respetabilidad adquirida mediante generaciones, y no era fácil de romper, pero la juventud que podía ser elegida aún como elementos para el pago del tributo humano, los que acababan de pasar por tal situación, aunque habían quedado libres, quisieron luchar.

— Lo primero que hay que hacer es capturar y retener a los delegados de los milicianos de Ulan para que no cuenten lo que aquí ocurre, ahora. Buscadlos y detenedlos.

Hubo un movimiento de convulsión en la multitud allí congregada. Koilos se acercó a Rod Lithos, y le dijo en voz baja:

— Yo he pensado en ellos antes, y ya no están.

— ¿Se han escapado?

— Seguramente, hacia los bosques o al río, no lo sé. Cuando Draky comenzó a explicar a los ancianos todo lo que había visto a tu lado, ellos comprendieron que el pueblo se pondría de tu lado y que tenían mucho que perder.

— De todos modos, hay que tratar de buscarlos, Koilos; son un peligro. Yo necesito unos días para prepararos.

— Los buscaremos, pero no será fácil encontrarlos,

— Bien. Quiero que me ayudes a escoger a cien hombres jóvenes, los más fuertes, los más ágiles, los que tengan mayor resistencia, y especialmente los que tengan la mente más lúcida. He de enseñarles algunas cosas.

— No te preocupes, Rod Lithos; tendrás a los mejores cien hombres del pueblo de las ruinas.

Rod se volvió hacia Draky, que tenía los ojos bañados en lágrimas. La cogió por los hombros, y la estrechó contra sí.

— Lloras por tu abuelo, ¿verdad?

— Sí, él ha hecho de padre para mí.

— Está obcecado. Cuando todo termine, ya comprenderá.

— Tú no lo entiendes, Rod. En nuestro pueblo, siempre se ha acatado la voluntad del consejo de ancianos.

— Ese «siempre» no tiene más de doscientos años. Los ancianos tienen la experiencia, hay que escucharles, pero también la juventud ha de participar, puesto que de ellos también se trata. Ahora, deja de llorar.

— Me ha maldecido a mí también.

— Lo siento — se lamentó Rod—. Es un momento difícil y tampoco puedo decir que vayamos a vencerles; lo que sí es cierto es que lucharemos por la libertad.

— Si no vencemos, quiero morir contigo, Rod.

Draky hablaba con toda su sinceridad, y Rod se daba

cuenta de ello, por lo que la estrechó aún más fuerte contra sí. Amar a Draky ya no era un capricho sexual, no era la posibilidad de tener una hembra, al despertar de su largo sueño de dos siglos.

Draky le había atraído con su cuerpo, con su belleza, pero también con su ingenuidad, con su candor, con su entrega. La amaba, estaba seguro de ello. Ella le había hecho olvidar los amoríos pasajeros que él había gozado antes de presentarse como voluntario para ser catapultado hacia el futuro, mediante doscientos años de sueño criogenizado.

CAPÍTULO X

No hubo forma de encontrar a los delegados, que habían desaparecido, al intuir que podían ser atacados.

Koilos y Rod Lithos escogieron al centenar de hombres más aptos para la lucha y todos estaban ya allí preparados con sus lanzas, con sus cuchillos, sus arcos y flechas.

— Vamos a luchar con hombres superpreparados, pero yo os enseñaré a no tener miedo a los rayos que utilizan los milicianos de Ulan; no son seres invencibles. No tenemos armas especiales para todos vosotros, pero podemos fabricar algunas bombas rudimentarias.

— ¿Qué son bombas? — preguntó Koilos.

— Objetos como esto. — Recogió una piedra del suelo.

— Sabemos tirar piedras — le advirtió Koilos.

— Sí, lo imagino, pero yo os fabricaré piedras que explotan, piedras que os asombrarán, y para ello tendréis que ayudarme. Un grupo de vosotros viajará conmigo.

— ¿Y los demás?

— Se quedarán contigo, Koilos. Os enseñaré a manejar estas bombas, pero deberéis tratarlas con mucho cuidado; por eso os entrenaréis tirando piedras a ciertas distancias. Quiero que, cuando os proporcione las bombas, ya sepáis cómo utilizarlas.

Como campo de prácticas, escogieron un lugar de abundantes ruinas donde, si eran atacados, podían esconderse con prontitud

debajo de las montañas de concreto.

Todos estaban entusiasmados con el entrenamiento, pero se decepcionaron cuando Rod Lithos les marcó unas figuras humanas que, en realidad, eran troncos puestos en pie, indicándoles que debían lanzar unas piedras que cabrían dentro de sus manos contra aquellas supuestas figuras, pero no de forma violenta, sino que cayeran encima de sus cabezas. A todos les pareció un juego de niños.

Koilos, escéptico, preguntó:

— ¿Quieres decir que esto servirá?

— Sí, no lo dudes, hay que tener muy buena puntería. También quiero que practiques el lanzamiento con arco y lanza; tú te encargarás de que sean muy certeros.

— Lo seremos — aseguró Koilos, prefiriendo tener fe, aunque no comprendía del todo.

Rod Lithos se llevó a diez hombres para fabricar nitroglicerina con la tecnología de que disponía en el refugio. Allí poseía un laboratorio automático, y una serie de productos primarios como ácidos de distintas clases.

También poseía una máquina de inyección de plásticos polivalente. Consumiría parte de aquellos productos, y en el futuro ya habría tiempo para fabricar nuevos, si es que conseguían vencer a los milicianos de Ulan.

Los habitantes de las ruinas se asombraron al volar por el planeta e internarse en la montaña.

Nada más llegar al refugio del Himalaya, comenzaron a trabajar. Rod Lithos fabricó la nitroglicerina y pelotas de plástico, que luego rellenó con una carga de nitroglicerina y, cuando hubo conseguido una, la sopesó en su mano y dijo:

— Seguidme.

Salieron al exterior del refugio y los habitantes de las cavernas comenzaron a tiritar. Rod Lithos comprendió que no estaban preparados para resistir el frío del Himalaya y terminó con prontitud, lanzando la bola contra un saliente helado.

La bola estalló al contacto, y la explosión hizo que todos se lanzaran al suelo, aterrados, mientras el hielo saltaba hecho pedazos.

— ¡Arriba, arriba, tenéis que acostumbraros a esto!

* * *

Koilos intensificó el entrenamiento.

Mientras, Draky trató de acercarse a su abuelo, que se mantenía hosco y huraño. La joven buscó un momento de soledad del anciano para que nadie presenciara una nueva y posible discusión entre ambos.

Sabía que su abuelo gustaba de pasear por la tarde hasta el río. Le siguió y, cuando el anciano meditaba viendo discurrir el agua, le sorprendió con su presencia.

— Abuelo...

— Eh, ¿qué haces aquí?

— Quiero que me comprendas y que sepas perdonarme.

— ¡No quiero hablar contigo!

— Abuelo, debes aceptar la realidad. Rod Lithos tiene razón, hemos de liberarnos de quien nos exige tributo humano.

— No insistas, no quiero hablar contigo; me has decepcionado.

— ¿Qué es lo que temes, abuelo, que Rod Lithos pueda conseguir una victoria?

Se revolvió contra su nieta, furioso e iracundo.

— ¡ Eso es imposible! Tú estás ciega, ese hombre te ha enloquecido.

— No, abuelo, yo he visto su poder.

— Es cierto, tiene poderes para crear ilusión, para engañarte, y os ha embaucado a todos.

— No, Rod no quiere engañarnos porque no va a ganar nada con ayudarnos.

— Sí que va a ganar.

— ¿El qué?

— Si está solo, querrá estar con gente. Tú, por ejemplo, eres una fruta jugosa para un hombre solitario.

— Es cierto que está solo y que necesita compañía.

— ¿Sabes que ya todos te consideran aparejada con él porque has estado mucho tiempo a solas con él, lejos de aquí?

— No lo sabía, pero me gusta mucho que lo piensen.

— ¿Que te gusta? ¡El no ha declarado ante el consejo de ancianos que desee estar aparejado contigo!

Draky bajó la vista.

— El no conoce nuestras leyes.

— ¡El no respeta ninguna ley! ¡Ha llegado aquí con sus poderes de brujo,, y quiere hacer lo que le da la gana, sin respetar las leyes, al consejo de ancianos ni a nada!

— El me quiere, abuelo.

— ¿Te quiere?

— Sí.

— ¿Cómo puedes estar segura?

— Lo sé.

— Te has unido a él, ¿verdad? ¡Confiésalo, haz que enrojezca mi rostro de vergüenza, dilo!

— Sí. — No bajó la mirada al afirmarlo.

— Lo sabía, lo sabía, y él como si nada hubiera hecho, sólo que cuando se aleje de ti o cuando lo maten, ya nadie se aparejará contigo.

— No me importa aunque así sea. Soy muy feliz con lo que ya he conseguido.

— Hablas con fiebre en los ojos.

— Le adoro, abuelo, le adoro.

El viejo Adrián iba a hacer estallar su cólera cuando vio aparecer a varios de los habitantes de las ruinas.

Draky también les vio; les estaban rodeando.

— ¡Abuelo, son los delegados, que habían huido y han vuelto!

Callan, el jefe de los delegados, se les acercó y ordenó:

— ¿Vais a venir con nosotros?

— ¿Adónde? — preguntó la joven.

— ¡Vamos, tapadle las bocas! —ordenó Callah.

Al comprobar que eran víctimas de un ataque, Draky trató de escapar corriendo, mas salieron tras ella y la derribaron.

La chica se revolvió, dispuesta a no dejarse capturar pero varias manos se abatieron sobre ella. Le retorcieron los brazos, haciéndola gritar de dolor y, para que no gritara, la amordazaron. Después, la obligaron a ponerse en pie, y vio a su abuelo también atado.

— ¿Lo ves, Draky? Es la lucha entre nosotros.

La mujer hubiera querido gritarle a su abuelo que aquéllos no eran de los suyos, aquéllos eran perros arribistas de los milicianos de Ulan, mas no pudo decir nada porque su boca estaba amordazada.

— Vamos, hay que caminar mucho — gruñó Callah.

Les empujó, obligándoles a emprender un camino que habría de ser largo y penoso, sin que nadie les descubriera.

Una hora más tarde, dejaban atrás las ruinas y seguían caminando hacia el oeste.

CAPÍTULO XI

Callah y los demás delegados no tuvieron piedad para con el anciano Adrián y su nieta.

Cuando vacilaban, agotados por el cansancio, eran empujados violentamente y obligados a seguir caminando. Draky estaba congestionada, mas no le quitaron la mordaza, y su abuelo se dejó caer al suelo, sentándose.

— Matadme si queréis, yo no puedo más — dijo, entre jadeos, falto de respiración.

Uno de los delegados alzó su lanza; Callah lo contuvo.

— No, lo quieren vivo.

— ¿Por qué nos lleváis atados, acaso pensáis que podemos escapar?

— Descansemos un poco — gruñó Callah.

Le quitó la mordaza a Draky, que abrió la boca en busca de aire para sus pulmones, casi asfixiados.

— Draky, si no fuera porque te he de entregar a los milicianos, me aparejaría contigo — rezongó Callah.

— ¡Jamás! —escupió Draky.

— Amas al extranjero, ¿verdad?

— Eres más extranjero tú que él.

— Estúpida... Os ha engañado, os ha hecho creer que puede liberar a nuestro pueblo de los milicianos de Ulan, y eso no es cierto.

— Sí, será difícil vencerles, mientras cobardes como tú se pongan de parte de quienes nos esclavizan.

— Nosotros sólo hacemos que servir a los hijos de los dioses, que son ellos. ¿Qué podemos hacer?

— Rebelaros como hizo Koilos. ¡Cobardes!

Callah endureció sus facciones, y miró con odio y al mismo tiempo con deseo a la bellísima Draky. Levantó su mano, y ella le desafió.

— ¡Golpea, golpea, puedes hacerlo, soy una mujer y además estoy atada! ¿Qué más se puede esperar de un canalla como tú y tus secuaces?

Callah bajó su mano contra el rostro de Draky, que aguantó el golpe. Torció el rostro por la violencia del mismo, pero no gritó de dolor. Rechinó sus dientes y sujetó su garganta.

— ¡Basta, Callah, basta, no la golpees!

— ¡Cállale, viejo idiota! Si no fuera porque hay que entregarla, verías lo que le hacía yo a tu nieta... Claro que lo que haya que hacerle, se lo harán los milicianos de Ulan.

— ¡Matadme antes! —gritó Draky—. ¡Matadme!

— Ya está bien, hay que proseguir viaje — ordenó Callah.

La muchacha se negó a continuar, pero no le sirvió de nada El propio Callah la cogió de los largos cabellos, y estiró de ellos.

— Por favor, Draky, obedece — pidió el anciano Adrián, incapacitado para ayudarla.

Draky se arrodilló. Con los ojos anegados en lágrimas a causa de los fuertes tirones de pelo, se puso en pie y echó a andar.

Tras varias horas de marcha, sin detenerse para beber ni descansar, arribaron a unas ruinas entre las cuales, agazapada como un monstruoso insecto de proporciones gigantescas, aguardaba una nave de los milicianos de Ulan.

Salieron los esclavizadores.

Vestían de oscuro, y su casaca les protegía de lanzazos y flechazos, por la forma y composición de la tela. También sus cabezas, cuello y nuca, estaban protegidos por cascos, que ocultaban los rostros tras una visera vitroplástica, ligeramente ahumada, que no permitía verles con demasiada claridad. En las manos portaban fusiles y pistolas.

— ¡Quietos! —ordenó el jefe de la patrulla.

— Soy Callah, y traigo a los prisioneros, al jefe del consejo de ancianos y a Draky, la mujer que se fue con el extranjero.

— ¡Vosotros tres, acercaos! —ordenó el jefe de los milicianos de Ulan —. Los demás regresad, ya recibiréis noticias nuestras.

Las órdenes de los milicianos de Ulan no se discutían, y los delegados, a excepción de Callah, retrocedieron sin que hubieran llegado a acercarse a la aeronave.

Por una pequeña rampa, que era la propia escotilla, entraron en la nave los milicianos de Ulan. Draky no sentía ya miedo a volar, pero sí odiaba su mala suerte.

La portezuela se cerró, y la nave inició un agudo zumbido. Poco después, se elevaba en el aire para desplazarse hacia el oeste, en horizontal.

Callah pretendía mostrar seguridad, pero estaba receloso. Sabía que ninguno de los que habían marchado con los milicianos de Ulan había regresado jamás.

Trataba de convencerse a sí mismo, diciéndose que a él no le harían ningún daño, ya que había colaborado con ellos en todo lo que le habían pedido, incluida su última canallada de secuestrar a la cabeza del consejo de ancianos y a su nieta; pero no se atrevía a decir nada.

Uno de los milicianos le desarmó, arrojando a un rincón su cuchillo y su lanza.

El viaje por encima del Océano, Atlántico, gracias a la gran velocidad de crucero de la nave, no se hizo largo.

Los habitantes de las ruinas no podían ver el exterior, a través de las ventanillas, ya que los tres se hallaban sentados en un rincón de la nave, y vigilados por tres milicianos armados.

La nave descendió cuando llegaban ya a su destino, y se introdujo por un amplísimo túnel que había al otro lado de las montañas del valle de Vilcabamba. Por el interior de la montaña navegó hasta llegar al gran hangar, y allí se detuvo.

— Abajo—ordenó el jefe de la patrulla.

— Yo no soy un prisionero sino el jefe de delegados — protestó Callah, que tenía la impresión de que se le estaba tratando lo mismo que a Draky y al anciano Adrián.

— Abajo — ordenó de nuevo el jefe de milicianos.

Bien escoltados, descendieron y luego fueron invitados a introducirse en un vehículo largo, al que subieron varios milicianos armados, y ellos tres.

A través de túneles, fueron conducidos hasta una sala amplia y bien iluminada. Allí aguardaban otros milicianos, que les condujeron a otra sala más pequeña y aséptica, donde se hallaba el mismísimo comandante Malaikha.

— Yo soy Callah, el jefe de los delegados.

Malaikha le miró primero a él, luego a Draky y, por último, al anciano Adrián.

— ¿Ella es quien se marchó con el extranjero? — preguntó.

— Sí. El anciano es la cabeza del consejo, y también el abuelo de la chica.

— ¿ Por qué nos mantenéis atados, qué podéis temer de nosotros? — se quejó el viejo Adrián.

Malaikha, inquisitivo, preguntó:

— ¿Dónde está el extranjero?

— No lo sabemos — replicó el anciano.

— ¿Y tú? — inquirió, mirando a Draky.

— No lo cogeréis, se marchó con su monstruo volador.

— Es cierto, se marchó con unos pocos habitantes de las ruinas — confirmó Adrián.

— ¿Adonde y para qué?

Nadie respondió. Callah se adelantó hacia Malaikha, pero el fusil de uno de los milicianos le obligó a retroceder un par de pasos.

— Ha incitado a la rebelión a los habitantes de las ruinas. Si nosotros, los delegados, no hubiéramos escapado, nos habrían sacrificado.

— ¿Es cierto eso, anciano?

Adrián aspiró hondo, antes de responder.

— El consejo de los ancianos ordenó que no se hiciera caso al extranjero, pero la juventud es rebelde. El habló a todos, y escucharon sus palabras.

— ¡No podréis contener la rebelión! —exclamó Draky, con energía—. Nuestro pueblo ya no se someterá jamás, lucharemos hasta la muerte.

— Es absurdo, no tenéis escapatoria. Somos superiores a vosotros, vivís porque nosotros lo permitimos, y un solo extraño no podrá contra nosotros. Le venceremos con facilidad.

— Es más poderoso de lo que suponéis; yo le he visto destruir a vuestros monstruos voladores.

— De modo que tú estabas con él, cuando destruyó a dos de nuestras naves...

— Sí.

— ¿Y dónde fue eso?

— En las montañas.

— ¿Qué montañas?

— No lo sé, yo no sé nada. El me comprende, y me dice que nos enseñará a todos.

— Sí, es posible que no sepas nada — admitió Malaikha—. Los habitantes de las ruinas sois seres inferiores, sólo aptos para la esclavitud y la procreación; sin embargo, me interesa encontrar a ese extranjero.

— Dice que ha estado doscientos años durmiendo bajo los hielos — explicó Callah, que trataba de congraciarse con el comandante Malaikha.

— ¿Doscientos años bajo las nieves? — Empequeñeció sus ojos —. ¿Y dónde está su nidal? — Nadie respondió—. Está bien. Llevad al viejo y al otro a la sala de interrogatorios.

— ¡Yo ya he dicho todo lo que sé! —exclamó Callah.

El comandante Malaikha no le hizo el menor caso.

Fijándose en Draky, le preguntó:

— ¿Cuánto tiempo pasaste junto a ese extranjero?

— No lo sé; él hacía que los días y las noches fueran más cortos.

— ¿Más cortos, qué quieres decir?

— Votamos por el aire, íbamos en busca de la noche y del día.

— Comprendo. ¿Qué más?

— Tiene ventanas en las que se ve de todo, gente que vive, ciudades, vehículos; es todo muy hermoso.

— Ya, y cambia lo que ves en la ventana, con unos botones.

— Sí.

— Es una pantalla de T.T.V. Os trata como a niños.

— No, él nos trata como a hermanos. Dice que nos lo enseñará todo, y seremos libres, seremos mejores y tendremos más comida.

— Imposible, sois seres inferiores.

— Nosotros somos inferiores a vosotros, pero Rod Lithos, no.

— De modo que se llama Rod Lithos...

— Sí, y os vencerá.

El comandante Malaikha se carcajeó, hiriente. Todavía riéndose, preguntó:

— i Y te acostaste con él?

— Sí.

— Entonces, es posible que estés fecundada.

Draky enrojeció ligeramente.

— No lo sé, pero me gustaría darle un hijo.

— Una pena, una verdadera pena... Aquí tenemos un sistema muy especial. Extraeremos el núcleo del óvulo fecundado, y en su lugar colocaremos una célula epitelial del intestino de nuestro emperador Ulan y, en vez de tener un hijo de Rod Lithos, tendrás un hijo de Ulan, un hijo clónico igual a otros cien hijos, todos exactamente iguales. Tú no entiendes nada, no sabes lo que es un hijo clónico, pero ya lo irás entendiendo. De momento, métete en la cabeza que, si has de tener un hijo, no será de Rod Lithos sino del emperador Ulan. ¡Llevadla al centro médico!

— ¡Nooo, nooo!—gritó Draky.

Fue inútil; ella no tenía fuerzas para zafarse de los milicianos de Ulan.

CAPÍTULO XII

La nave «Siglo 21» se introdujo con suavidad en el túnel de los monocarriles, transportando ya en su interior la carga explosiva.

Rod Lithos y los hombres que le habían ayudado, descendieron. Consigo llevaba un par de pelotas de plástico, repletas de nitroglicerina y, cuando llegaron a la zona de prácticas elegida por Koilos, éste salió a recibir a Rod, con el rostro preocupado.

— ¿Cómo va esto, Koilos?

— Mal.

— ¿Mal, por qué?

— Se han llevado al anciano Adrián y a su nieta Draky.

— ¿Que se los han llevado, quiénes?

— Los delegados. Cogimos a uno, está en el aspa de tortura, y él lo contó. Se los llevaron en un monstruo volador, y Callah fue con ellos.

— ¿Quién es Callah?

— El jefe de los delegados. Son unos traidores, no cabía esperar otra cosa de ellos.

Rod Lithos respiró hondo, con fuerza, buscando oxígeno para sus pulmones. Mirando a todos los hombres escogidos para la lucha de liberación, les habló con gravedad:

— Con mi aeronave, podría atacar a la ciudad de los milicianos de Ulan, no sé hasta qué punto podría destruirlos, pero allí dentro seguramente hay gente inocente, hermanos y hermanas vuestras, por lo que no puedo atacarles desde el aire. Hay que entrar en su ciudad, en su reducto de seguridad, y atacarles uno a uno. Muchos podremos morir, pero quizá consigamos la victoria final. Ahora, mirad esto.

Mostró la pelota, aparentemente inofensiva.

— Hay que manejarla con delicadeza, no se le pueden dar golpes. Cada uno de vosotros llevará unas cuantas en una bolsa, pero recordad que un solo golpecito, y el que lleve la bola morirá. ¿Veis aquel poste que hace de enemigo? Pues, mirad.

Lanzó la pelota contra el tronco. Los que habían ido con él, se arrojaron al suelo, asustados.

Siguieron con la mirada la trayectoria de la pelota de color blanco. Al tocar el tronco, estalló, tronchándolo en medio de una fuerte explosión, que hizo que la mayoría cayeran al suelo, más asustados que otra cosa.

— ¡Arriba todos! ¡Sólo muere el que recibe la bola! Koilos...

— ¿Sí?

— Toma esta bola.

—¿Yo?

— Sí, tú. Lánzala hacia aquella piedra que está junto a la orilla; demuéstrales que has aprendido.

Koilos vaciló un poco. Sintió todas las miradas clavadas en él, y se dijo que no podía demostrar cobardía.

Lanzó la pelota, que cayó justo sobre la piedra señalada por Rod Lithos. Se produjo la explosión, se levantó una humareda y varias esquirlas produjeron heridas mínimas a los que allí estaban, pero la piedra había desaparecido.

— Ya lo habéis visto. Ahora no hay que perder tiempo, nos vamos.

— ¿Ahora mismo? — preguntó Koilos.

— Después de que cada uno de vosotros traiga una bolsa para llevar pelotas explosivas; pero que no tengan agujeros, porque si cae

una pelota al suelo, más de uno de nosotros saltará hecho pedazos. Vamos, rápido.

Se alejaron.

— Estas bolas son muy peligrosas — opinó Koilos.

— Son armas para luchar. Si encuentras una puerta cerrada, tira una bola o dos, y la puerta se abrirá. Si en vez de un enemigo te salen siete, tírales una bola y te librarás de ellos. Lo que no les he dicho a tus hermanos es que los milicianos de Ulan utilizarán armas todavía más peligrosas, armas que yo no tengo para repartir entre vosotros, y no hay tiempo para fabricarlas. Ignoro los milicianos que habrá; es posible que vayamos a un suicidio total, pero algo hay que hacer, y la lucha con aeronaves sería inútil porque ellos deben poseer una buena cantidad. Hay que hacer un ataque por sorpresa, una guerra de guerrilla, rápida y contundente. No lo esperan y sus defensas son casi nulas, por tierra. Estoy seguro de que ellos no esperan ninguna clase de ataques porque están demasiado lejos de vosotros.

— No entiendo muy bien tu plan, Rod, pero puedes estar seguro de que nosotros lucharemos sin miedo. Los milicianos de Ulan son nuestros enemigos, pese a lo que hayan dicho siempre los ancianos.

Unas dos horas más tarde, el grupo de luchadores, sin advertir a los demás habitantes de las ruinas, regresó a la «Siglo 21».

En situación normal, todos aquellos hombres no cabían en la nave. Rod Lithos les pidió:

— Apretaos como podáis de pie unos contra otros, aplastaos contra la pared del fondo, subíos sobre las butacas.

No hubo más remedio que empujarlos y comprimirlos, Koilos les ayudó. Físicamente, no cabían, aunque la nave era capaz de transportar su peso.

Costó, pero se pudo cerrar la puerta. Rod Lithos se instaló en su butaca, sintiéndose materialmente empujado por la espalda. Desgraciadamente, sabía que al regreso no habría allí dentro tantos muchachos.

Pese a la dificultad física para desenvolverse, pues el interior de la nave se había llenado de carne humana, Rod Lithos sacó la nave del túnel que había utilizado en todo momento corno hangar.

Emprendió el vuelo, con rumbo noroeste. No escogería la línea recta para dirigirse a Vilcabamba.

No tardaron en volar sobre el Océano Atlántico, que cruzaron en dos horas; Rod Lithos no quiso poner la máxima velocidad.

Fue hacia los Estados Unidos en Norteamérica. Atravesó su territorio por la frontera de México, llegó al Océano Pacífico y descendió. Trataba de evitar que el radar de los milicianos de Ulan les detectara, tenían que llegar sorpresivamente.

Llegaron al Ecuador, y siguieron descendiendo. Rod Lithos pilotó su nave a baja altura. Pegándose casi al suelo, no sería descubierto, y así consiguieron llegar a la cordillera que encerraba el valle de Vilcabamba, un valle de unos ochocientos metros de ancho y situado a mil quinientos metros sobre el nivel de las aguas marinas.

Pasaron cerca del pico Mondango y prosiguieron su camino hasta encontrar un desfiladero.

Cerca de unas grandes rocas, se detuvieron.

El interior de la nave olía a establo. Los hombres sudaban, pegados unos contra otros, y fue una auténtica liberación para todos cuando se abrió la puerta de la «Siglo 21», y pudieron saltar al suelo.

— Ahora repartiremos las pelotas. Que no se caiga ninguna, mucho cuidado con ellas. Caminad separados; si alguno comete la torpeza de hacer explotar sus bombas, que no mueran los demás.

Como temían a las bolas, todos las guardaron con exquisito cuidado.

Uno de los luchadores, no obstante, demostró tener tanto miedo a las pelotas que al recoger una se le cayó de la mano, que temblaba. Rod Lithos se arrodilló con rapidez, y la cazó al vuelo, antes de que llegara al suelo. Resopló de alivio. Después, miró al joven que había cometido aquella torpeza y le sonrió.

— No pasa nada, si no vuelves a repetirlo. Mira, no es tan peligroso.

Se la puso entre los dientes, y todos rieron. Después, la introdujo dentro de la bolsa del muchacho, y así se fueron repartiendo las pelotas repletas de nitroglicerina.

— Escuchadme. Nuestra ventaja es que ellos no sólo no saben que estamos aquí, sino que ni siquiera lo imaginan. Ellos creen que su refugio es invulnerable, pero no lo es. Nos pondremos en marcha, separándonos unos de otros para evitar un accidente y, cuando entremos en la lucha, hay que utilizar flechas y lanzas el máximo de

tiempo posible. Las pelotas hacen mucho ruido.

Se alejaron de la aeronave, e iniciaron la marcha por el desfiladero que les permitía acceder al valle de Vilcabamba. Subieron por encima de los mil seiscientos metros. El Mondango estaba a dos mil quinientos metros, y podía verse con claridad porque quedaba perfilado contra un cielo, nítido y azul.

Comenzó a oscurecer y Rod Lithos se dijo que la noche podía ser más una ventaja que un inconveniente.

Al llegar al punto donde rebasaban la cordillera que protegía al valle, todos quedaron con la boca abierta ante aquel panorama de semiesferas de cristal que cubrían todo el valle, ya de por sí protegido por la Naturaleza.

— Ahí debajo se ocultan los milicianos de Ulan. ¡Adelante!

Descendieron de la montaña hasta la primera semiesfera de cristal, a través de la cual, aunque no con demasiada nitidez, podía verse el interior, divisando plantaciones de árboles.

— Ahora, ¿qué hacemos? No podemos entrar — observó Koilos.

Rod Lithos buscó un lugar próximo a un árbol, y disparó con su fusil láser contra el cristal. No era fácil cortarlo, ya que el cristal desviaba el chorro lumínico; pero no era totalmente transparente, incluso las influencias meteorológicas lo habían hecho mate ligeramente en su cara exterior, por lo que logró abrir un boquete y entrar en aquella especie de invernadero gigante, donde hacía calor y humedad. Tras él penetraron los demás.

Avanzaron entre los huertos donde se cultivaban los alimentos que se consumían en el valle, y no tardaron en descubrir a esclavos, que se quedaron atónitos al verles.

Se reconocieron y saludaron, abrazándose, aunque parecían idiotizados, y su aspecto era lamentable, ya que la alimentación que recibían era inferior al trabajo que se les exigía.

— Sigamos adelante, esparcíos por todas partes.

— ¡ Aggg!

Todos buscaron con la mirada para conocer el origen de aquella mezcla de grito y alarido de dolor. Vieron a uno de los milicianos de Ulan, que acababa de ser muerto por un lanzazo que se había introducido por debajo de su yelmo.

Rod Lithos estaba contento de que la alarma no hubiera funcionado, aunque todavía no habían arribado a la zona más habitada del valle. No tardaron en verse en el área de viviendas de los milicianos y allí la lucha estalló con toda su virulenta violencia.

Dos milicianos dispararon sus armas contra cinco de los habitantes de las ruinas, y habrían seguido matando si Koilos no les hubiera lanzado una de las pelotas, que hizo saltar los cuerpos de los milicianos por los aires.

Aquel triunfo hizo que los demás tomaran moral de lucha, y las explosiones y gritos se sucedieron.

Rod Lithos, seguido de unos cuantos, continuó su avance, mientras dejaba que los demás lucharan entre los habitáculos de los milicianos.

Encontró un túnel, con una puerta cerrada. La forzó con sus armas, y prosiguió adelante, comprobando que allí debajo estaba el centro de control de todo aquel perfecto ecosistema.

Las explosiones se sucedían, y algunas semiesferas estallaban, dejando aberturas en el techo de cristal.

Se internaron por los túneles, y Rod Lithos tuvo que abatir a varios de los milicianos de guardia. Comenzó a sonar la alarma general en todo el valle cuando abría de un patadón la entrada del centro de experimentación y clínica médica.

Allí había un grupo de hombres con botas de color verde; también había tres milicianas y el mismísimo comandante Malaikha, que se quedó atónito al verles.

— ¡Considérese cautivo! —le ordenó Rod Lithos.

En la camilla, sujeta con correas, yacía Draky.

El comandante Malaikha, que había conseguido empuñar su pistola, empujó a dos de los médicos, dispuesto a apuntar con su arma al cuerpo de Draky. Rod Lithos no le dio tiempo, y el chorro de láser dio en la cabeza de Malaikha, que cavó desplomado, sin vida.

Los médicos y las milicianas se apresuraron a levantar las manos.

— ¡Rod, Rod! —gritó la joven, sujeta en la camilla.

Rod Lithos la desató, y Draky le abrazó, sollozando;

era evidente que había pasado un gran terror.

— ¿Qué le han hecho? — inquirió Rod a uno de los médicos, poniéndole el cañón de su fusil entre las cejas.

— Nada, nada...

— ¿Nada, seguro?

— Aún no me habían hecho nada, pero decían que iba a tener un hijo de Ulan, un hijo que sería igual a otros — gimió Draky.

— ¿Un hijo igual a otros, qué significa eso? — le preguntó al médico.

Este carraspeó, ya sudaba copiosamente.

— Sólo, sólo se trataba de colocar una célula epitelial del intestino del emperador...

— Comprendo, para hacer un hijo clónico, ¿ no?

— Sí, eso, un hijo clónico. El emperador Ulan quiere crear una raza de hombres que sean iguales a él, una copia exacta, sólo que...

— ¿Qué?

— Pues, pues... — el científico vaciló — que el emperador heredó de sus antepasados, que estuvieron en la macroguerra, la tara de haberse quedado sin defensas naturales, carece de anticuerpos. Los que tienen él y sus hijos son artificiales.

— Qué monstruosidad... Creaban una raza de seres tarados, por el capricho de un loco.

— Estamos mejorando, sí, estamos mejorando.

— ¡Lléveme a ver al emperador o no respondo de mí, vamos!

El científico, empujado, les condujo a un túnel, donde tomaron uno de los vehículos de traslado. Mientras, se seguía combatiendo, y las explosiones se sucedían.

Recorrieron varios túneles hasta que llegaron a la amplia sala, donde el emperador se hallaba sentado en su trono, contemplando a sus hijos clónicos, que jugaban, reían y lloraban. Las vigilantes habían desaparecido.

— ¡Ahí está! —señaló el médico.

Koilos, Draky y Rod Lithos se le acercaron.

— De modo que usted es el loco que esclaviza a los habitantes de las ruinas, en vez de compartir con ellos la cultura que se pudo salvar después de la macroguerra.

Ulan le miró con infinito desprecio.

— ¡Fuera, fuera de mi imperio, extranjero!

Rod Lithos lo cogió por un brazo y le arrancó materialmente de su trono.

— Se va a venir con nosotros.

Al soltar a Ulan, éste se tambaleó y cayó. Rod Lithos se dio cuenta entonces de que aquel hombre que con su narcisismo y sus caprichos paranoicos esclavizaba a otros muchos, era un anciano tan débil de cuerpo que apenas podía sostenerse a sí mismo.

— ¿Cuántos años tiene, Ulan?

Medio arrodillado, derrotado, dijo:

— Ciento cincuenta. Si vienes del pasado, como aseguraba mi comandante Malaikha, sabrás que éste era el valle de la longevidad. De no haber venido aquí, y tomado una serie de precauciones, yo habría muerto hace más de cien años. — Y comenzó a reír y a toser, burlándose de sí mismo.

— Esos científicos asesinos le ofrecieron sucederse a sí mismo, fabricando hijos clónicos, ¿no es eso?

— Respóndale usted, doctor, respóndale usted — le pidió Ulan, riéndose.

El médico, que no cesaba de sudar, dio media vuelta y trató de huir. El tenía gran parte de culpa, en toda aquella atrocidad.

No llegó lejos; Koilos le lanzó una de las pelotas de nitroglicerina, y su cuerpo saltó por los aires.

Aquello provocó el pánico entre los niños, y Ulan cayó de nuevo al suelo, a causa de la onda expansiva. Su cabeza longeva, ya con siglo y medio de vida, rebotó contra el duro pavimento, y fue el fin de aquel loco que había pretendido poblar el planeta Tierra con seres idénticos a él.

EPILOGO

El cadáver de Ulan fue llevado a las ruinas para que sus habitantes pudieran verle. Los milicianos que se habían salvado, huyeron a través de las montañas; sus naves fueron capturadas por los habitantes de las ruinas y los hombres y mujeres sometidos a esclavitud, recuperados en parte.

Los niños, faltos de defensas y de toda protección antigérmenes, murieron en el plazo de meses; la imagen de Ulan desapareció.

— ¡En adelante, formaréis vuestro propio gobierno, eligiendo a los mejores, a quienes queráis que os representen! — gritó Rod Lithos a los habitantes de las ruinas, allá en la gran explanada, situado entre las dos fogatas que iluminaban su figura.

— ¡Tú eres nuestro jefe, ahora! —gritó alguien.

Muchos corearon aquella propuesta, pero Rod Lithos replicó:

— ¡No! ¡Si hiciera tal cosa, caería en la trampa del poder, una trampa en la que tantos y tantos han caído, a lo largo de milenios! No, yo no soy vuestro jefe, vuestro jefe será designado entre los que elijáis vosotros mismos. En cuanto al consejo de ancianos, ya no será quien decida en vuestras vidas, pero podrá seguir reuniéndose y escucharéis sus consejos; los tendréis en cuenta, pero ya no serán órdenes. Al anciano se le debe un respeto, y se le escuchará, pero no tendrá el mando. El mando lo tendréis todos juntos, al poder elegir a quienes os parezcan los mejores y, cuando pasen cincuenta plenilunios, elegiréis a otros nuevos.

— Y tú, Rod Lithos, hermano nuestro, ¿qué harás? — le

preguntó Koilos.

— Me dedicaré a enseñaros cuanto nos legó mi civilización. Me cuidaré de instruir a los niños para que el futuro sea grande para todos, y que nuestra nueva civilización no caiga en los errores que condujeron a la macroguerra. Ahora, ya no hay nadie que os esclavice, un nuevo futuro os aguarda, pero habrá que empezar a trabajar desde ahora mismo.

Poco más tarde, mientras se elevaban infinitos comentarios sobre todo lo que Rod Lithos acababa de decir, Draky le abrazó para decirle al oído:

— Rod, Rod, tendremos un hijo.

— Gracias, amor. Ah, se me olvidaba, ¿quieres aparejarte conmigo?

Mientras ella sonreía, emocionada, radiante de felicidad, él la besó en los labios.

F I N